



3 1761 09545297 5

LS                    Hurtado, Antonio  
H967he            Herir en la sombra. 2.ed.



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946





Miss.

new

1910



**HERIR EN LA SOMBRA.**



Digitized by the Internet Archive  
in 2013



# HERIR EN LA SOMBRA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON ANTONIO HURTADO**

Y

**DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.**

Estrenado en el teatro del Circo la noche del 15 de Marzo  
de 1866.

---

**SEGUNDA EDICION.**

---

MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1866.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA JUANA COELLO...	Doña MATILDE DIEZ.
PRINCESA DE ÉBOLI. . . .	Doña ADELAIDA ALVAREZ
GREGORIA.....	Doña EMILIA SANZ.
ANTONIO PEREZ. . . . .	DON MANUEL CATALINA.
DON RODRIGO VAZQUEZ.	DON FRANCISCO OLTRA.
DIEGO VAZQUEZ.....	DON MANUEL PASTRANA.

La escena es en Madrid en el reinado de  
Felipe II.

LS

H 967 he

588092

13.7.54

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Gabinete de Antonio Perez en forma ochavada: puerta al fondo que comunica por un lado con las habitaciones interiores; por otro con la entrada á la calle: á la derecha del actor, en primer término, una papelera de la época; en segundo, una puerta secreta; enfrente, al lado opuesto, en primer término, un balcón: en segundo, puerta secreta que conduce á la calle. Moviliario fastuoso de la época y del gusto italiano. Estátuas, jarrones, mesas adornadas de relojes, y grandes candelabros con luces.

### ESCENA PRIMERA.

ANTONIO PEREZ, de pié detrás del sillón en que escribe DIEGO VAZQUEZ, á quien parece estar dictando.

ANTONIO. «Por tales razones juzgo  
»que en este grave suceso,  
»es preciso poner mano  
»con gran prudencia y acierto.  
»El papa ayuda; el de Orange  
»le presta su valimiento;  
»don Juan allá se impacienta

»y aquí se irrita Escobedo.  
»Lo mejor en este caso  
»es negarse al casamiento,  
»llamar á España á don Juan  
»y anular al consejero.»

DIEGO. Perdonad si en este asunto  
(Dejando de escribir.)  
á dar mi opinion me atrevo.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. La nota del rey (Mostrándosela.)  
viene terminante, y creo  
que en este negocio pide  
resolucion, no consejos.  
Dice el rey:—«Lo de mi hermano  
despachad.»—Claro contesto  
que exige que á realidades  
se levanten sus deseos.

ANTONIO. ¿Presumis que el rey aprueba  
de Roma el raro proyecto?

DIEGO. Claro está: dueño don Juan  
de Isabel, dueño del cetro  
de Inglaterra, ¿quién puede  
sujetar de España el vuelo?  
Dar á don Juan ese trono  
es dar y quitar á un tiempo  
á la fe seguridades  
y á los reformistas medios.  
De Lutero la doctrina  
amenaza ser incendio;  
solo quien venció en Lepanto  
puede triunfar de Lutero.  
Con tal enlace se logran  
ventajas de inmenso precio;  
pues si yo no me equivoco,  
presumo que alcanza en esto  
un nuevo reino el monarca,  
España más valimiento,  
mayor dominio la Iglesia,  
paz el mundo, y gloria el cielo.

ANTONIO. Eso es mirar el asunto  
por su lado más risueño:  
no es extraño, sois muy jóven

y á más generoso y bueno.  
Fuerza es tener más aplomo  
y más intencion, don Diego,  
que los negocios de estado  
se han de tratar con más peso.  
Don Juan quiere esa corona,  
el papa ayuda su intento,  
¿quién sabe si ambos anhelan  
romper con nuestros respetos?  
Escobedo pide el Mogro,  
ese castillo soberbio  
que en Santander atalaya  
es la llave de estos reinos.  
¿No fuera necia locura  
ceder á su vivo anhelo,  
siendo el Mogro otra Tarifa  
sin ser él Guzman el Bueno?  
¡Rey don Juan de Inglaterra!  
¡Del Mogro Escobedo dueño!  
¿Quién sabe lo que se oculta  
detrás de tal pensamiento?

DIEGO. Perdonad si al advertiros  
he sido arrogante y necio,  
que fué atreverse al gigante  
la pequeñez del pigmeo.

ANTONIO. Ved lo que falta al despacho.

DIEGO. ¡Faltan los dos nombramientos  
de alféreces!

ANTONIO. ¡Por mi vida  
que tiene el rey bravo empeño!...  
¡Antonio Enriquez!... ¡Juan Rubio!...  
¡Un pinche y un camarero!  
¿Á qué servicios se deben  
tamaños encumbramientos?  
Poned al márgen... «negado.»

DIEGO. Ved que es del rey el decreto.

ANTONIO. No importa, haced lo que os digo,  
que esto ha de ser.

DIEGO. (Escribiendo.) Ya está puesto.

ANTONIO. Extender esos despachos  
fuera deshonnar los tercios.

DIEGO. Todo está.

(Guarda los papeles en una cartera de terciopelo.)

ANTONIO. Dadme, que es hora (Tomándola.)  
de estar en palacio.

DIEGO. ¿Espero?

ANTONIO. ¡Como gustéis!... ¿Mas quién llega?

DIEGO (¡El sol que me tiene ciego!)

(Viendo salir á Gregoria.)

## ESCENA II.

DICHOS, GREGORIA.

GREG. ¿Salis, padre?

ANTONIO. El rey espera.

GREG. Mi madre os pide un momento  
para hablar con vos á solas.

ANTONIO. Ya ves que llega á mal tiempo  
su embajada; el rey aguarda,  
y hacerle esperar no debo.

GREG. Dice que es urgente hablaros  
ántes que salgais...

ANTONIO. Sospecho  
que hoy dure poco el despacho;  
dila que muy pronto vuelvo,  
y que entónces podrá hablarme  
cuanto quiera... ¿mas qué es esto?

## ESCENA III.

DICHOS Un Criado presentando una carta sobre una bandeja de  
plata.

ANTONIO. ¡Billete de la Princesa!... (Tomándola )

¡Á estas horas horas!... abro y leo:

«Venid al momento á verme

»que mucho que hablaros tengo:

»ved que á mí me va la honra,

»y á vos la vida en saberlo.

»Si no venis, encubierta

»iré yo esta noche á veros:

»mandadme al punto la llave

»del postiguillo secreto.»

(Se queda pensativo un momento.)  
(¡Llamarme con tal urgencia!  
Sin duda el negocio es serio,  
cuando á venir se resuelve  
si no acudo al llamamiento.)  
Don Diego Vazquez, quedaos!...  
Partid vos... (Al Criado, que se va.)  
DIEGO. (Inclinándose.) ¡Todo soy vuestro!

## ESCENA IV.

DICHOS, ménos el CRIADO.

ANTONIO. (Se sienta y escribe.)  
«Voy ahora mismo á palacio,  
»mandar la llave no puedo,  
»que tengo aquí quien me observa  
»y fuera infundir recelos.  
»Venid dentro de una hora,  
»y llamad, que por muy quedo  
»que llameis, si estoy de vuelta,  
»que habrá quien oiga os prometo.»  
(La cierra, la sella y se levanta.)  
Vazquez, llevad esa carta  
á la Princesa, y os ruego  
que solo en su mano propia  
la entregueis: mirad que en ello  
al par que de confianza  
os doy pruebas de mi afecto.

DIEGO. Mucho me honrais.

GREG. (Á su padre.) ¿Volveis pronto?

ANTONIO. Tal presumo. ¿Qué es aquesto?

(Saliendo.)

con misterios la Princesa,  
y mi esposa con misterios?...  
¡Rara coincidencia es esta!  
¿Qué ocurrirá?... Ya veremos. (Sale.)

## ESCENA V.

GREGORIA, DIEGO VAZQUEZ.

DIEGO. ¡Gracias á Dios!

GREG. Perdonad,

(En ademán de salir.)

mi madre espera.

DIEGO. Un momento,

(Deteniéndola )

que tan duro alejamiento  
pecando está en impiedad.

Tres dias há que mis ojos  
no gozan de tanto bien:  
si esto no arguye desden  
revela al ménos enojos.

¿Qué teneis?...

GREG. Tengo temor

á mi madre, pues sospecho  
que ha sorprendido en mi pecho  
el secreto de esté amor.

Grave, silenciosa, fria,  
sin exhalar una queja,  
de noche apénas me deja,  
me deja apénas de dia.

Si aquí vengo, viene aquí,  
y tanto y tanto recela,  
que en todas partes me cela  
sin apartarse de mí.

Cuando callada la miro  
ella callando me mira,  
y tristemente suspira,  
si tristemente suspiro.

Yo no sé ya qué valor  
dar á estas muestras que veo,  
que en su frente á un tiempo leo  
la esperanza y el dolor.

Tal vez en mi amor se goza,  
quizás tambien lo condena:  
pero callad... ahora suena  
el rumor de la carroza



de mi padre... (Va á salir.)

DIEGO.

¡Oid!...

GREG.

Despues

os veré...

DIEGO.

¡Miedo cobarde!...

Decidme al ménos...

GREG.

(Retrocediendo.)

Ya es tarde.

DIEGO.

¿Cómo?...

GREG.

¡Silencio! ¡Ella es!...

## ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA JUANA.

JUANA.

(Despues de mirar en silencio á uno y otro, que aparecen embarazados ante su actitud recelosa, se dirige á su hija.) ¿Partió tu padre?

GREG.

Partió.

JUANA.

¿Y sabiendo mi cuidado (Con dureza.)  
cómo así te has olvidado  
que dentro esperaba yo?

GREG.

Madre, ved que hablando así (Afligida.)  
me ofendeis.

DIEGO.

Señora... infiero... (Ofendido.)  
que esa queja...

JUANA.

(Con frialdad.) ¡Caballero!...  
¿quién habla con vos aquí?

DIEGO.

Desden ó desconfianza  
muestra esa faz que me hiela,  
y bien claro me revela  
que á mí la queja me alcanza.

JUANA.

Á nadie de mis acciones  
cuentas que dar tengo aquí,  
que cedo al obrar así  
á poderosas razones.

DIEGO.

¡Harto ese enojo me expresa!  
permitidme retirar... (Ofendido.)

JUANA.

Quedaos.  
(Suavizando la voz al ver á su hija llorar.)

DIEGO.

Tengo que dar  
(Saludando con frialdad.)  
un mensaje á la Princesa.

- JUANA. ¿Vais á la Princesa á ver? (Alterada.)  
DIEGO. Debo llenar un encargo.  
JUANA. ¿Carta? (Dejando adivinar sus celos.)  
DIEGO. Sí.  
JUANA. ¡Teneis buen cargo!  
(Conteniéndose.)  
Id, no os quiero detener.  
DIEGO. ¡Vuestro soy!  
JUANA. (¡La ira me abrasa!...)  
DIEGO. (¿Qué es lo que sucede aquí?...  
(Saliendo.)  
GREG. ¡Se marcha!... ¡Triste de mí!...  
JUANA. ¡Buena está, por Dios, mi casa!

## ESCENA VII.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

- JUANA. ¿Por qué lloras?... ese llanto  
me irrita al par que me ofende,  
que con él me estás probando  
que mis sospechas no mienten.  
¿Amas á don Diego?  
GREG. ¡Ay, madre!...  
¿Por qué negarlo? Há tres meses  
que amor me juran sus labios  
y amor mi pecho le vuelve.  
JUANA. Sin consultarme ese afecto...  
GREG. ¿Juzgais que no lo merece?  
¿no es hidalgo y bien nacido?  
¿no es honrado? ¿En él no tiene  
mi padre puestos los ojos,  
pues así le alaba siempre?  
JUANA. ¡Tu padre!... tu padre es ciego;  
ciego está cuando no advierte  
que abriga en su propia casa  
quien quizá venderlo quiere.  
GREG. ¡Madre!...  
JUANA. Yo sé lo que digo,  
que á voces me lo previene  
no sé qué genio sombrío  
que en mi pecho se revuelve.

Rodrigo Vazquez, su padre,  
por nuestro amigo se vende,  
y oculta tras de su afecto  
la intencion de la serpiente.  
De su ambicion instrumento  
aquí á don Diego mantiene,  
y en él tu padre se fia,  
sin ver lo que en ello pierde.

GREG. ¡Madre, injurias á don Diego!...

JUANA. ¿Tal presumes?... ¡inocente!  
¿Por qué, si te quiere tanto,  
tu mano á pedir no viene?  
¿Es más ilustre su alcurnia  
que la nuestra? ¿Qué pretende  
quien entra así en nuestra casa  
y á escondidas te requiere?  
Mientras con vanas lisonjas  
quizá á tu padre adormece,  
y á tí señuelos te pone  
y lazos de amor te tiende,  
cuantos secretos de Estado  
servir á tu padre pueden,  
otros tantos le revela  
con aspiracion aleve.

GREG. Quien así juzga á don Diego,  
le ofende, madre, le ofende,  
que la lealtad de su pecho  
bien se retrata en su frente.

JUANA. ¿Qué entiendes tú de lealtades?  
¿Qué de lealtades entiendes?  
Hija, los hombres de Estado  
esa virtud no comprenden,  
te lo digo yo, la esposa,  
la esposa de Antonio Perez.  
Subír, lograr la privanza,  
la privanza de los reyes,  
dominar á toda costa  
y en el poder mantenerse;  
ese es el único afecto  
que los impulsa y los mueve.  
¿Hay obstáculos? ¡se rompen!  
¿Hay enemigos? ¡se vencen!

¿Hay deberes que se opongan?  
se matan esos deberes.  
Amistad, amor, familia,  
si al poder llevan, se atienden;  
si no aprovechan, se anulan  
y en pavesas se convierten.  
Que á veces,—fuerza es decirlo,  
por más que te espante,—á veces,  
si un crimen se necesita  
hasta el crimen se comete.

GREG. ¡Ay, madre!... me estais matando;  
dejad al ménos que piense  
que el corazon de don Diego  
tales ruindades no siente.

JUANA. Hija, pues duda tu madre,  
dudar con su duda debes;  
mas silencio, alguien se acerca.

GREG. (Ap.) ¡Dios mio!... ¿qué me sucede?  
¿será cierto que me engañe  
quien tanta dicha me ofrece?

## ESCENA VIII.

DICHAS, RODRIGO VAZQUEZ.

RODRIGO. ¡Oh!... ¡vos aquí!...

JUANA. (Con disgusto.) ¡Don Rodrigo!

RODRIGO. ¡Guárdeos Dios!

JUANA. (Con severidad.) ¡El cielo os guarde!...

RODRIGO. ¡Pródiga en dichas la tarde  
se está mostrando conmigo!

JUANA. (Atajándole.)  
¡Oh!... ¡lisonjas suprimid!

RODRIGO. Si os ofendeis, en buen hora.—  
Mas ¿dónde vivis, señora,  
que no se os ve por Madrid?  
Ausente os llora el paseo  
que ya no admira ese porte;  
tampoco vais á la corte  
ni acudis al coliseo.  
Y clausura tan sin tasa  
pienso que peca en rigor.

JUANA. La mujer que tiene honor  
solo está bien en su casa.

RODRIGO. Yo apruebo el sentir profundo  
que á obrar de tal modo os mueve;  
mas quien es cual vos, se debe  
algo al aplauso del mundo.  
Pues es condicion tan dura  
la suya, y tal se previene,  
que cuando aplausos no tiene  
forja cuentos y murmura!

JUANA. De quien huye su ruido,  
¿qué podrá decir? ¡por Dios!

RODRIGO. Si no murmura de vos,  
lo hará de vuestro marido.  
Es grande, tiene poder,  
todo la envidia lo empaña;  
y como nunca acompaña  
en público á su mujer,  
con torpe intencion aviesa,  
tal vez no falte quien diga  
que á tal conducta le obliga  
el amor de una princesa!

JUANA. ¡De una... princesa!  
(Como herida de celos é ira.)

RODRIGO. Sí tal;  
que cuando el vulgo disfama,  
siempre se fija en la dama  
que es más bella y principal.  
Y aunque patente y notoria  
del vulgo esté la injusticia,  
siembra infamias la malicia  
que al fin recoge la historia.

JUANA. Vete. (Á su hija.)

RODRIGO. ¿Su bella presencia  
me robais? ¡Eso es alevé!...

JUANA. Vete. (La da un beso, y al verla salir dice ap.)

Hay cosas que no debe  
aun sospechar la inocencia.

## ESCENA IX.

DOÑA JUANA, D. RODRIGO.

JUANA. Hablad más claro: decid  
cuanto sepais.

RODRIGO. Eso quiero,  
(Con fingido interés.)  
que está siendo el mentidero  
escándalo de Madrid.  
Pues sitio tan principal  
asiento presta en sus gradas,  
á gentes desocupadas  
que hablan mucho y hablan mal.

JUANA. ¿Qué dicen? (Con ansiedad.)

RODRIGO. ¡Famoso enredo  
han fraguado, ¡vive Dios!...  
que andais en él, Perez, vos,  
la de Éboli y Escobedo.  
Dicen los murmuradores  
que allí Escobedo irritado,  
á no sé quién ha contado  
la historia de unos amores,  
que dándola por de ley  
un labio tras otro labio,  
va pregonando el agravio  
que se os hace á vos y al rey.

JUANA. ¡Oh!... (Conteniendo su indignacion.)

RODRIGO. Y aún falta lo peor;  
pues el vulgo maldiciente  
hoy ha extendido inclemente  
tan pavoroso rumor,  
que da de escucharlo miedo;  
pues se refiere y se cuenta  
que hay quien esta noche intenta  
quitar la vida á Escobedo...

JUANA. ¡Y achacan á Antonio Perez  
tal crimen!... (Con ira.)

RODRIGO. Eso imagino:  
y añaden que el asesino  
á Flandes irá de alférez.

JUANA. ¡Inícuca trama, por Dios!...  
¿Quieren perderlo?

RODRIGO. Sin duda;  
mas no podrán si en su ayuda  
salimos aquí los dos.

JUANA. Qué quereis hacer?

RODRIGO. Oid,  
que, por más que lo sintais,  
es forzoso que sepais  
cuanto se dice en Madrid.

JUANA. Hablad.

RODRIGO. Hará una semana  
que con desdichada suerte,  
sufrió en la plaza la muerte  
una esclava peruana.  
De vil envenenadora  
la acusó del vulgo el grito;  
mas hoy dicen que el delito  
fué de otra mano traidora.  
Que ignoro el caso confieso;  
mas se funda la malicia,  
en que anduvo la justicia  
muy ligera en el proceso.  
La pobre esclava paciente  
murió cual cristiana y buena,  
que fué al suplicio serena,  
gritando:—«muero inocente.»—

JUANA. (Con gran ansiedad.)  
¿Y qué? Adivinar no puedo  
lo que eso tenga que ver...

RODRIGO. Escuchad: esa mujer  
era esclava de Escobedo.  
Á su cocina atendia  
cuando el crimen se intentó,  
y Antonio Perez comió  
con Escobedo aquel dia.

JUANA. Y argumento de tal ley  
puede... (Indignada.)

RODRIGO. Permitid que acabe:  
Ya claramente se sabe  
que un pinche, indigno del Rey,  
fué por vuestro esposo Perez

á Escobedo encomendado;  
y hoy se cuenta que nombrado  
va á ser ese pinche alférez.  
Y al verle encumbrar así,  
dice el popular juicio:  
—¿qué misterioso servicio  
se quiere premiar aquí?—  
El pinche asistió á la mesa  
aquel día, y prueba el dolo  
el que en Escobedo solo  
hiciera el tósigo presa.  
¿Es mucho que así condenen  
á Perez tales razones?  
Ved que aquestas conclusiones  
casi respuesta no tienen.

JUANA. ¡Oh!... Delirais!... (Cada vez con más ira.)

RODRIGO. Perdonad;

es el vulgo quien delira,  
porque á veces la mentira  
tiene visos de verdad.  
En lazos de mala ley  
se juzga á Perez sujeto:  
sabe Escobedo el secreto,  
por él llegar puede al rey,  
y en esta ansiedad cruel  
cuya pesadumbre abruma,  
no es mucho que se presuma  
que acabar quieren con él.

JUANA. (Desesperada.) Esto es infame, ¡gran Dios!

RODRIGO. Pretexto al vulgo da Perez,  
que ayer se habló de un alférez  
y hoy se cuentan que son dos.  
Y al saberlo, en son fatal  
dice el vulgo de ira lleno:  
«Lo que no logró el veneno  
»podrá lograrlo el puñal.»

JUANA. Yo ahogaré esos pensamientos  
del vulgo... (Con energía.)

RODRIGO. No hallareis modo,  
si no impedís ante todo  
tan indignos nombramientos.

JUANA. ¡Lo haré! (Con exaltada resolución.)



RODRIGO. ¡Imposible será!...

JUANA. ¿Por qué? (Ofendida.)

RODRIGO. Decirlo me pesa:

entre vos y la Princesa

resuelta la lucha está.

Vos perdereis...

JUANA. ¡Podrá ser!...

(Con ira contenida.)

mas no hablemos más en ello;

que soy doña Juana Coello

y soy de Perez mujer.

## ESCENA X.

RODRIGO con satisfaccion.

La herida lleva en el alma,

que harto claro lo revelan

la dureza de su gesto

y de su voz la dureza.—

La semilla de los celos

es semilla que aprovecha,

que ofrece fruta abundante

á quien usar sabe de ella.—

¡Gran cosecha de disgustos

promete la que aquí queda,

y más si los nombramientos

á efecto al fin no se llevan!

En ello verá el monarca

un acto de resistencia

que probará del privado

la arrogancia y la soberbia.

(Pausa.)

Juan Rubio y Antonio Enriquez

sus nombramientos esperan;

(Pensativo.)

pues que llegué á persuadirlos

que en Escobedo se estrellan

sus esperanzas, presumo

que han muerto con una piedra

la pretension de Escobedo,

y de Perez la influencia.—  
¡Escobedo!... ¡Dios le ayude!...  
¿quién le ha metido en la empresa  
de querer para don Juan  
la corona de Inglaterra?  
¡Y es ademas muy osado!...  
¡Y luego tiene una lengua!...  
(Con marcada intencion.)  
Si le matan esta noche  
como la plebe recela,  
todos verán en su muerte  
la mano de la Princesa...  
¿Quién cuenta en el mentidero  
historias que al honor llegan?  
(Con hipócrita sentimiento.)  
¡Lo malo será que el rey,  
que sabe lo que se cuenta,  
podrá ver en esa muerte  
de sus traiciones la prueba!  
(Con fruicion.)  
Y entónces... ¡pobre de Perez!...  
¡Pobres de los dos!... que es fuerza  
que en ambos el rey se vengue  
en proporcion de su afrenta.  
(Como saboreando su triunfo.)  
¡Oh!... ¡Y entónces Diego Vazquez  
será justo que suceda  
á su maestro!...— ¡Él de Estado!  
¡Yo presidente de Hacienda!...  
¡dueños del rey!... ¡de la Europa!...  
casi de toda la tierra.  
¿Qué necio hiciera en mi caso,  
caso estrecho de conciencia!...  
La conciencia no hace falta,  
lo que hace falta es cabeza...

## ESCENA XI.

D. RODRIGO, DIEGO.

RODRIGO. ¡Hola!... ¿eres tú? (Viendo á su hijo.)

DIEGO. ¡Padre mio!...

RODRIGO. Por Dios, que el verte me alegra.

DIEGO. ¿Vos aquí?

RODRIGO. ¡Sí!... mas qué tienes?

Pálido estás, ¿qué te altera?

DIEGO. De cumplir vengo un mensaje  
de casa de la Princesa.

RODRIGO. (¡Hola!...) (Ap. con satisfaccion.)

DIEGO. ¡Y vuelvo á despedirme  
de Perez!...

RODRIGO. ¿Sin mi licencia?

¿Qué lo motiva?

DIEGO. Su esposa  
no sé de mí qué recela,  
y esos celos me ofenden,  
y quien me ofende me afrenta.

RODRIGO. ¡Vive Dios!... ¿quién hace caso  
de mujeriles sospechas?

DIEGO. Es que...

RODRIGO. Ya hablaremos, eso  
cuando tiempo de hablar sea.  
¿Y Perez?

DIEGO. Salió á palacio...

RODRIGO. ¿Sabes si á la firma lleva  
los nombramientos de alféreces  
que el rey pidió?

DIEGO. No: se niega  
á extenderlos!...

RODRIGO. (Fingiendo temor.) ¿Está loco?  
¡Resistirse á una exigencia  
del rey!... ¡ya lo sospechaba!...

DIEGO. ¿Temeis?... (Alarmado.)

RODRIGO. ¡Su favor le ciega!...  
¡Iré á palacio!... es preciso  
que yo ahuyente la tormenta  
que le aguarda...

DIEGO. (Asombrado.) ¿Qué decis?

RODRIGO. ¿No hay una puerta secreta  
por aquí?

DIEGO. ¿Qué pretendéis?

RODRIGO. Fuerza es que nadie me vea.

DIEGO. Yo os haré salir.

(Busca la llave en la papelera.)

RODRIGO. No hay duda.

¡El diablo ayuda mi empresa!

¡Á la Princesa un mensaje!

(Coordinando las ideas.)

¡Luego es posible que venga  
en alas de los temores,  
que la oprimen y la cercan!...

De oculto el rey en San Justo

lleno de celos me espera!

si entrar la ve en esta casa

¿quién su cólera refrena?

Escobedo va esta noche

á ver por la vez postrera

á la Princesa —Juan Rubio

y Antonio Euriquez le acechan,

guarecidos en las sombras

muy cerca de la Almudena.

—Cuando sepan que Escobedo

es el dique en que se estrellan,

¿qué han de hacer?... mañana el vulgo

reunirá estas coincidencias

y... (Frotándose las manos con satisfaccion.)

DIEGO. Salid. (Abriendo la puerta.)

RODRIGO. Si vuelve Perez

ántes que yo, no le adviertas

nada que temor le inspire.—

Vuelvo pronto.

DIEGO. Bien.

RODRIGO. (Con intencion.) Y observa

cuanto ocurra en esta noche,

que acaso cosas sucedan

que te allanen el camino

para más altas esferas.

(Sale, y cierra Diego.)

## ESCENA XII.

DIEGO.

¿Qué querrá decir mi padre  
con tan oscura advertencia?  
¿Qué sucesos se preparan  
que influjo en mí tener puedan?  
¡Siempre envuelto en el misterio!...  
¡Siempre envuelto en las tinieblas!...  
¿Quién penetra en el abismo  
en que guarda sus ideas!  
Ello dirá... mas ¿qué oigo?  
¿Ya el secretario de vuelta?  
¡Pronto terminó el despacho!...  
¡Cosa de extrañar es esta!

## ESCENA XIII.

DIEGO, ANTONIO PEREZ.

ANTONIO. ¡Hola!... ¿aquí vos todavía?

DIEGO. Esperaba á daros nuevas  
de mi mensaje.

ANTONIO. (Dejando la cartera sobre la mesa.)  
¿La visteis?...

¿Qué dijo?

DIEGO. Leyó risueña  
vuestra carta, y presurosa  
escribió y dióme estas letras.  
(Le da un billete.)

ANTONIO. («Íré, esperadme.») Está bien:  
breve y clara es la respuesta.

DIEGO. ¿Quereis más?

ANTONIO. Nada. Escuchadme,  
(Asaltado de un recuerdo.)  
y perdonad que os detenga.  
Á mi vuelta de palacio,  
he visto que en la calleja  
cercana á Santa María,  
hay dos bultos que se velan

en las sombras, y sospecho  
que algun asalto proyectan.  
Buscad al paso una ronda  
y que vigile de cerca  
aquel sitio.

DIEGO. Bien.

ANTONIO. (Ap.) Así  
alejo á quien pueda verla,  
y no hallará en su camino  
mirada alguna indiscreta.

DIEGO. Guárdeos Dios. (Inclinándose para salir.)

ANTONIO. Hasta mañana.

(Distraído le despide.)

DIEGO. (¿Por qué tan inquieto queda?) (Saliendo.)

## ESCENA XIV.

ANTONIO PEREZ, pensativo.

¡No haberme el rey recibido!...  
¡Cosa es esta que me extraña!...  
¡Dice que reza... y me engaña!  
que álguien sabe que ha salido.  
¿Qué misteriosa razon  
á tal sigilo la mueve?...  
¡Dios lo sabe!... ¿Quién se atreve  
á penetrar su intencion?  
El que en su genio sombrío  
busca el móvil que le alienta,  
es como el loco que intenta  
navegar por el vacío;  
que en la vasta inmensidad  
que en el cielo se termina,  
solo el ánima adivina  
aire, calma y soledad. (Pausa.)  
¿Será que mi clara estrel a  
pierda su lumbré? No sé.  
¡Extrañas sombras noté  
cuando anoche estudié en ella!...  
¿Qué nueva constelacion  
á su lado se levanta,  
que así me asusta y me espanta

fascinando mi razon?  
¿Será el astro de Escobedo?  
¿Será quizá que me venza?  
¡Eh!... no más, que me avergüenza  
verme luchar con el miedo.

## ESCENA XV.

ANTONIO, DOÑA JUANA.

JUANA. ¡Perez!...

ANTONIO. (Viendo á su esposa.)

(Me olvidé, por Dios,  
que hablar pretendió conmigo.)

JUANA. (Con señales de enojo.)

Gracias que al cabo consigo  
hablar á solas con vos.

ANTONIO. ¿Qué asunto de tal cuidado (Con interés.)  
turba así vuestro reposo?

JUANA. Toca el asunto al esposo, (Con intencion.)  
y al par al hombre de Estado.

ANTONIO. ¿Qué decis? (Asombrado.)

JUANA. ¿Tanto el amor  
de la Princesa os pervierte, (Con desden.)  
que ni el deber os advierte  
ni os advierte mi dolor?

ANTONIO. ¡Señora!... con tal lenguaje,  
que de cólera me inflama,  
ofensa haceis á esa dama,  
y á mí me haceis un ultraje.  
¿Qué fundamento ó razon,  
qué demostracion y prueba  
tan desatentada os lleva  
á tan doble acusacion?...

JUANA. No pidais, torpe, á mis labios  
razon de esa inteligencia;  
pedidla á vuestra conciencia,  
que es fiscal de mis agravios.  
¿No basta el desden profundo  
con que me tratais, por Dios?  
¿Tan poco pueden en vos

ya los respetos del mundo?  
Tanto en vos han influido  
esos livianos antojos,  
que han cegado vuestros ojos  
y han cegado vuestro oído?  
Si resignada sufrí  
vuestro indigno alejamiento,  
hoy pongo á mi sufrimiento  
remate y término aquí.  
Que en asuntos tan prolijos,  
señor, enredado os veo,  
que hartas desdichas preveo  
para vos y vuestros hijos.  
Yo soy madre, esposa soy,  
tengo amor, temores tengo,  
y á deciros, Perez, vengo  
cuanto he callado hasta hoy.

ANTONIO. Hablad!... hablad!... pues confieso...

¡ved si es firme mi razón!  
que me causa admiración  
no haber ya perdido el seso.  
¿Qué propala ese rumor  
indigno y de mala ley?...

JUANA. Que ingrato faltáis al rey,  
que ingrato burláis mi amor.

ANTONIO. ¿Y qué más?

JUANA. Dice que presa  
de esa pasión que os fascina,  
á un gran crimen os inclina  
la mano de la Princesa.

ANTONIO. ¿Cuál es?

JUANA. Decirlo no puedo.

ANTONIO. ¡Me irrita tanto reproche!  
Hablad.

JUANA. Dicen que esta noche  
quereis matar á Escobedo.

ANTONIO. ¡Por qué razón?.. (Indignado.)

JUANA. Porque sabe  
el lazo que os encadena,  
y quiere decirlo en pena  
de otro delito más grave.

ANTONIO. ¡Ya mi paciencia se acaba!...



- hablad, que pierdo el juicio.
- JUANA. Se os atribuye el suplicio  
que sufrió su pobre esclava.
- ANTONIO. ¿Su crimen me imputan?  
(Cada vez más irritado.)
- JUANA. (Con indignacion.) Perez,  
otro fué quien lo intentó,  
y vos lo premiais!...
- ANTONIO. (En el colmo del asombro.) ¡Quién!... ¡yo!...
- JUANA. ¡Á un pinche nombrais alférez!...
- ANTONIO. El rey lo pide.
- JUANA. No es esa  
la razon, que bien se infiere,  
que si él lo pide es que quiere  
complacer á la Princesa.  
Pues sabiendo que á los dos  
os enlaza un interés,  
dicen que ese asunto es  
de la Princesa y de vos.
- ANTONIO. ¡Mil veces Dios sea loado!  
(Respirando con satisfaccion.)
- JUANA. ¿Qué es ello? (Temerosa.)
- ANTONIO. Esperad... leed.  
(Sacando un papel de la cartera y mostrándolo.)  
¡Memorial del pinche!... ved:  
¿qué dice al márgen?
- JUANA. ¡Negado!  
(Examinándole y exclamando con alegría.)  
¡Ay, Perez!... ¡perdon!... (Abrazándola.)
- ANTONIO. (Con orgullosa satisfaccion.) ¡Así  
se confunde á la malicia!  
¿quién duda de la justicia  
que alienta dentro de mí?  
Si tan infame rumor  
queda á vuestros ojos muerto,  
¿cómo podreis dar por cierto  
el que calumnia mi amor?
- JUANA. ¡Ay, Perez!... (Llorando.)
- ANTONIO. ¿Dudais?...  
(Desprendiéndose de sus brazos.)
- JUANA. ¡Piedad!...  
¡Sírvaos mi pena de excusa!...

mas de tal falta os acusa  
mi constante soledad.

ANTONIO. ¡Dios sabe lo que me pesa!...

JUANA. Así será; pero en tanto  
que yo me deshago en llanto,  
visitaís á la Princesa.

ANTONIO. Razones de estado son;  
culpád por ello á Escobedo,  
que busca con tanto enredo  
la suya y mi perdicion.  
Si su torpe afán se estrella  
en nuestra estrecha alianza,  
¿no ha de abrigar la esperanza  
de imponerse al rey sin ella?  
Que con doble afán traidor  
busca en tan indigna guerra,  
dar un rey á Inglaterra  
y aquí el supremo favor.  
Mirad si al rey he llevado  
el castigo de ese afán.

(Mostrando otro papel )

JUANA. «¡Que vuelva á España don Juan!...  
»Escobedo, desterrado.»

ANTONIO. ¿Ved qué otra prueba mayor  
pudierais pedir ahora?

JUANA. Ah! (Abrazándole.)

ANTONIO. ¿Dudareis, más, señora,  
de mi lealtad y mi amor?

JUANA. ¡Cuánto los celos inflaman!...  
¡Cuánto, ay Perez... he sufrido!  
¡Perdon!...

(Llaman á la puerta secreta.)

ANTONIO. (Contrariado.) ¡Cielos!...

JUANA. (Sorprendida.) ¡Qué ruido!...  
¿Oís que á esa puerta llaman?

ANTONIO. ¡Por Cristo!...

JUANA. (Viendo á su marido inquieto.)  
(¿Qué es esto?... ¡cielos!)

ANTONIO, ¡Idos! (Á Doña Juana.)

JUANA. (¿Esa palidez!...  
¿Por qué estallan otra vez  
más irritados mis celos?)

ANTONIO. ¡Idos!... (Suplicante)

JUANA. (Irritada.) ¿Que me marche?... No.  
¡Abrid!

ANTONIO. (¡Mi razon se ofusca!...)

JUANA. ¿No abris? Sabré quién os busca,  
que soy vuestra esposa yo.

(Abre, quedando medio oculta por la hoja de la  
puerta.)

## ESCENA XVI.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOL!

PRINC. Temblando vengo de miedo,  
que es arriesgada mi empresa.

ANTONIO. (¿Qué va á pensar?)

JUANA. (¡La Princesa!)

(Reconociéndola y cerrando la puerta.)

PRINC. ¡Gracias que al fin veros puedo!

ANTONIO. ¡Oh!... ¡Callad!...

PRINC. (Viendo su zozobra.) ¡Cómo!... ¿qué os pasa?

¡Ah!... ¡vuestra esposa!... (Descubriéndola.)

(¡Estoy muerta!

¿qué creerá?)

JUANA. (Conteniendo su ira y mirándola fijamente.)

¡Por mala puerta

habeis entrado en mi casa!

PRINC. (Procurando dominar su sorpresa con dignidad.)

¿Por qué?

JUANA. (Con severidad.) No os hace favor;

que por tales cuchitriles,

penetran solo alguaciles

ó mujeres sin honor.

ANTONIO. ¡Juana!...

PRINC. ¡Advertencia menguada

que me ofende! (Con gravedad.)

JUANA. (Con desden.) Harto me pesa,

que esto es deciros, Princesa,

que habeis errado la entrada.

No sé si obrais bien ó mal,

mas muy poco se respeta

quien busca puerta secreta  
y olvida la principal.

PRINC. Ved que en insolencia toca  
e cuanto aquí habeis proferido.

(Á Perez con desden.)

¿Por qué no haberme advertido  
que estaba esta dama loca?

JUANA. (Exaltada.)

¡Loca yo!

PRINC. (Con orgullo.) Por tal os doy,  
que á tener sana la mente,  
no olvidárais ciertamente  
lo que sois y lo que soy.

JUANA. ¡Loca!...

ANTONIO. ¡Callad por favor!...

JUANA. No puedo callar!

ANTONIO. ¡Lo mando!

PRINC. ¡Estais mi honor mancillando!...

JUANA. ¿Pues no me robais su amor?...

ANTONIO. ¡Oh!... (Avergonzado y colérico.)

PRINC. ¡No más!... Sufrir no puedo  
frases de tan mala ley!!...

—Oid, esta noche al rey  
pretende ver Escobedo.

Ya su insolencia traspasa  
todo término, y es mengua  
no poner tasa á su lengua  
ni á su ambicion poner tasa.

ANTONIO. Saldrá de aquí.

PRINC. Es manifiesto  
su intento.

ANTONIO. Al rey no verá,  
que para impedirlo ya  
lo tengo todo dispuesto.

PRINC. Pues basta.—Vivid alerta  
contra su saña traidora.

—Podeis abrirme, señora, (Á Doña Juana.)  
cuando gustéis esa puerta.

Y hacedla ya más favor,  
pues que mi planta la huella,  
que hoy entra y sale por ella  
una dama con honor.

- JUANA. Dama que se juzga tal,  
nada ante mis ojos vale,  
si descubierta no sale  
por la puerta principal.
- ANTONIO. ¿Qué eso digais?... (Irritado.)
- JUANA. Eso digo.
- PRINC. ¡Pardiez, que irrita su encono!
- ANTONIO. ¡Señora!... (Confuso.)
- PRINC. ¡Yo la perdono!...  
(Saliendo por la puerta principal.)  
Venid...—¡Cielos, don Rodrigo!...  
(Retrocediendo.)
- ANTONIO. (Desesperado.) ¡Maldita fatalidad  
la que nos sigue!... entrad.  
(La esconde en la de enfrente.)
- PRINC. ¡Oh!...
- JUANA. ¡Perez!... ¡qué esto sufra yo!...
- ANTONIO. Callad, señora, callad!  
(Con ira reconcentrada.)

## ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO.

- RODRIGO. Buenas noches.
- ANTONIO. (Afectando calma.)  
¡Vos aquí!...
- RODRIGO. Queriendo hablaros despacio,  
á buscaros fuí á palacio,  
que pensé hallaros allí.
- ANTONIO. Perdonad, que ahora no puedo  
escucharos...
- RODRIGO. Volveré. .  
(Va á retirarse y vuelve.)  
más una pregunta.
- ANTONIO. ¿Qué?...
- RODRIGO. ¿Despachasteis á Escobedo?
- ANTONIO. No me habéis de ese traidor,  
ni me toqueis á tal punto.
- RODRIGO. ¡Perdonad!... (¡Bravo!... ¡este asunto  
no puede salir mejor!  
¡El rey la vió penetrar!...

- ¿Quién lo podrá resistir,  
si al cabo la ve salir  
lo mismo que la vió entrar?...)  
¡El cielo os guarde!... (Saludando.)  
DIEGO. (Dentro.) ¡Favor!...  
(Ruido de cuchilladas.)  
RODRIGO. ¡Cuchilladas! (Deteniéndose.)  
JUANA. ¡Dios divino! (Espantada.)  
DIEGO. (Dentro.) ¡Perseguid al asesino!...  
(Cesa el rumor de espadas.)  
ANTONIO. ¡Hola!... (Llamando.)  
RODRIGO. ¡Una muerte!... (Como aterrado.)  
JUANA. (Como sospechando lo que ocurre.) ¡Qué horror!

## ESCENA XVIII.

DICHOS, GREGORIA, asustada.

- GREG. ¡Madre, de miedo me espanta  
ese clamor tan deshecho!  
JUANA. (Ap.) ¿Por qué tiembla así mi pecho  
y se anuda mi garganta?  
ANTONIO. Callad, que siento ruido.  
JUANA. ¡Oh!... (Ansiedad en todos.)  
ANTONIO. ¡No temais! (Calmándola.)  
RODRIGO. ¿Quién será?  
ANTONIO. Alguien que á decir vendrá  
lo que en la calle ha ocurrido.

## ESCENA XIX.

DICHOS, D. DIEGO con espada desnuda.

- ANTONIO. ¡Don Diego!...  
JUANA. ¡Tiemblo de miedo!  
RODRIGO. ¡Hijo!...  
GREG. ¿Qué es eso?  
ANTONIO. ¿Qué pasa?  
DIEGO. ¡Que cerca de vuestra casa  
han dado muerte á Escobedo!  
ANTONIO. ¡Oh!... (Mirando á Doña Juana.)  
JUANA. ¡Jesus! (Cubriéndose el rostro)

DIEGO. ¡Ya de Dios goza!  
muerto cayó en la calleja  
del palacio de Mendoza.  
ANTONIO. ¿Y quién le ha matado?  
JUANA. (Como queriendo evitar la pregunta.) ¡Perez!. .  
DIEGO. Á uno solo he conocido.  
ANTONIO. ¿Quién es?  
DIEGO. Ese que ha querido  
partir á Flandes de alférez...  
ANTONIO. ¡Cielos!... (Mirando á Doña Juana.)  
JUANA. (Con dolor.) ¡Todo le condena!  
RODRIGO. Vamos en su ayuda, pues...  
JUANA. ¡Válgale, si aún tiempo es,  
la Virgen de la Almudena!  
(Salen D. Rodrigo y D. Diego.)

## ESCENA XX.

ANTONIO, DOÑA JUANA, GREGORIA.

ANTONIO. ¡Oh! (Acercándose á su esposa, en voz baja.)  
JUANA. ¡Dejad clamores vanos!  
ANTONIO. ¡Oidme! (Suplicante.)  
JUANA. ¡No os acerqueis,  
porque pienso que teneis  
tintas en sangre las manos!  
(Abre la puerta que oculta á la Princesa.)

## ESCENA XXI.

DICHOS, la PRINCESA.

JUANA. ¡Salid!...  
ANTONIO. ¡Juana!... por favor... (Suplicante.)  
JUANA. ¡Por allí!... (Señalando la puerta secreta.)  
PRINC. Ved .. (Yendo á la del fondo.)  
JUANA. ¡Nada valen  
vuestros ruegos!... por ahí salen  
las mujeres sin honor.  
Salid, señora, salid...

(Bajo.) Murió Escobedo!...  
PRINC. (Aterrada, sale.) ¡Dios santo!  
JUANA. ¡Salid á ser el espanto  
y la afrenta de Madrid!

## ESCENA XXII.

DICHOS, ménos la PRINCESA.

ANTONIO. ¡Oídme!

JUANA. (Casi desvanecida.)

¡Ruegos prolijos!...

GREG. ¡Ay madre!... ¿qué pasa aquí?

JUANA. ¡Dios tenga piedad de mí,  
de vos... y de vuestros hijos!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion que en el anterior.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA, GREGORIA.

GREG. No sé, no sé, madre mia,  
qué secreto misterioso  
hay aquí...

JUANA. Vanos temores  
tuyos...

GREG. No, no me equivoco.  
Hay algo aquí que no acierto  
á comprender, y que solo  
se revela en la amargura  
de esos ahogados sollozos.  
En vano callais, en vano  
encubris pesar tan hondo,  
porque del mal que os aqueja  
da ese llanto testimonio.  
No me ocultéis vuestras ansias,  
que es un tormento espantoso  
sentir que al alma me llegan  
dolores que desconozco.

Os miro sufrir y sufro,  
os miro llorar y lloro,  
y abulta el misterio mismo  
la inquietud en que zozobro.  
¡Ay! despejad estas sombras,  
y ya que el dolor afronto,  
sepa al ménos quién nos hiere  
con tan implacable encono.  
Hablad!

JUANA.                    ¡Inútil empeño!  
¿Quizá felices no somos?  
Tu padre obtiene en la corte  
el régio favor, y todos  
á su voluntad se rinden  
sumisos si no envidiosos.  
¿Qué más?

GREG.                    ¡Lo dices llorando,  
madre del alma!

JUANA.                    ¡Es de gozo!

GREG.                    ¡No, no! Desde aquella noche  
que de mi mente no logro  
apartar, en que Escobedo  
murió á manos de alevosos...

JUANA.                    ¡Hija!

GREG.                    Mi padre está triste,  
inquieto, y en vuestro rostro  
mi amor descubre las huellas  
de una desdicha que ignoro.  
Vuestro silencio me mata,  
porque entregado á sí propio,  
el pensamiento se pierde  
en mil conjeturas, loco.  
Extrañas dudas me asaltan,  
y cual nave sin piloto,  
voy á merced de las mismas  
inquietudes que me forjo.  
¡Es tan horrible el recuerdo,  
tan horrible! Aún pienso que oigo  
aquel grito de don Diego,  
triste, penetrante, ronco...  
¡desesperado gemido  
que al turbar nuestro reposo,

dejó para siempre el gérmen  
del pesar entre nosotros.  
Escobedo...

JUANA. ¡No le nombres,  
hija!...

GREG. Con terror le nombro,  
porque esa sangre parece  
que cae cual hirviente plomo  
sobre mí.

JUANA. ¿Qué estás diciendo? (Asustada.)

GREG. ¡Madre, lo que dicen todos!  
¡No lo veis? Por todas partes  
se propaga cauteloso,  
de la cobarde calumnia  
el envenenado soplo.  
En vano busco el sosiego,  
en vano ante Dios me postro,  
que hasta el altar me persiguen  
esos ecos afrentosos.

JUANA. ¡Oh!... no. . (Atemorizada.)

GREG. ¡Mirad! ¡No es posible  
ocultároslo!—Hace poco,  
en mudo recogimiento  
alzaba al cielo mis votos.  
Al levantarme del suelo,  
fijé sin querer los ojos  
en un papel, medio oculto  
al pié del reclinatorio.

JUANA. ¿Y era?... (Con ansiedad.)

GREG. Un infame billete:  
un negro y pérfido anónimo  
que á traicion me hirió en el alma  
como un áspid ponzoñoso.  
Tomad...

JUANA. (Leyendo.) «Sé que teneis miedo,  
»porque os dice oculta pena  
»que está vuestra casa llena  
»con la sombra de Escobedo.  
»Haceis bien. Pedid á Dios  
»por el muerto, y de camino  
»rogad por el asesino,  
»que está muy cerca de vos.

»¡Ay! triste de él como olvide  
»entre el engaño y la intriga  
»que Dios vela y Dios castiga,  
»que la sangre, sangre pide!  
»Si la impunidad le alienta  
»debeis advertirle á solas,  
»que ya se agitan las olas,  
»que ya ruge la tormenta.»  
¡Oh! ¡qué horror! ¡Que no recuerde  
jamás tu mente ese odioso  
escrito que nos injuria!...  
Olvidale...

GREG. ¡Ay, madre! ¿Cómo  
he de vivir sin sospechas  
si de mí surgen en torno?

JUANA. (¡Hasta sus hijos!...) ¡Dios mío,  
en tí mi esperanza pongo!

GREG.. ¡Callad; mi padre!...

ESCENA II.

DICHAS, PEREZ, hondamente preocupado.

ANTONIO. (¿Vacila  
mi poder? No sé qué noto  
en el rey .. ¿Más quién penetra  
su pensamiento recóndito?)

GREG. ¿Venis enfermo? (Observándole con inquietud.)

ANTONIO. Rendido  
vuelvo, que desde las ocho  
no he conseguido tener  
un momento de reposo.  
Con el rey he despachado,  
que es tan diligente en todo,  
que no hay de fijo en el mundo  
quien ménos se entregue al ocio.  
Él escrudiña y repasa  
consultas y protocolos,  
desde los más importantes  
hasta los más minuciosos.  
Los dictámenes hojea  
y escribe de puño propio

aclaraciones en unos,  
anotaciones en otros.  
Hasta corrige el estilo  
si le juzga oscuro ó tosco,  
que no hay nada que se escape  
á sus penetrantes ojos.  
Y por Dios que maravilla  
que quepa en un hombre solo  
tal grandeza en las ideas  
y en los hechos tanto aplomo.  
Ya me fatiga esta vida:  
mas pienso que será corto  
el tiempo de mi privanza...

JUANA. ¿Eso esperais? (Con inquietud.)

ANTONIO. Lo supongo.

Hace tiempo que mi estrella  
se va eclipsando y mi horóscopo  
se ennegrece... ¡Es tan mudable  
la suerte!..

GREG. ¿Veis de qué modo (Á Doña Juana.)  
se confirman mis temores?..

ANTONIO. ¡El poder es todo escollos!  
Hoy mismo daba el rey cuenta  
de un grave asunto.—De pronto,  
fijando en mí su mirada,  
que inspira terror y asombro,  
me dijo con voz tranquila:  
Ya lo veis, señor Antonio  
Perez, al impulso mio  
la mayor grandeza es polvo.

JUANA. ¡Gran Dios!

ANTONIO. Miréle suspenso;  
pero él, cambiando de tono  
y apoyando en mí su diestra,  
añadió:—¡Soy generoso!.. —  
Al sentir en mí la mano  
de un rey que desde su solio,  
rige y gobierna la tierra  
á medida de su autojo,  
bajo su gran pesadumbre  
temblé y conmovíme, como  
si se hubiera desplomado

un mundo sobre mis hombros.  
JUANA.   Tal vez temeis sin motivo...  
          (Disimular me es forzoso,  
          no comprenda mi hija...) (Á Perez.)  
  ¡Ah! tengo  
          que hablaros hoy de un negocio  
          importante.  
ANTONIO.                                   ¡Ya os escucho!  
GREG.       (¿Qué será?)  
JUANA.                                   ¡Déjanos solos!

### ESCENA III.

DOÑA JUANA, ANTONIO.

JUANA.   (Con agitacion.)  
          ¡Poneos en salvo!  
ANTONIO. (Resuelto )                   ¡Nunca!  
JUANA.   ¡Poneos en salvo! El sordo  
          rugido de la tormenta  
          siento ya seguro y próximo.  
ANTONIO. Eso fuera condenarme  
          yo mismo...  
JUANA.                   Ved que el encono  
          del monarca es implacable.  
ANTONIO. Tranquilamente le arrostro,  
JUANA.   Es que circulan extraños  
          rumores.  
ANTONIO.                   Que engendra el odio.  
JUANA.   ¡Es que todos os acusan!...  
ANTONIO. Pues si es así, mienten todos.  
JUANA.   (Con exaltacion.)  
          ¡Hasta vuestros mismos hijos  
          sospechan!..  
ANTONIO.                   ¡Qué horror!  
          (Como herido por el golpe; pero reponiéndose.)  
  Conozco  
          que es mi corazon de roc  
          cuando este golpe soporto.  
JUANA.   ¡Vos!...  
ANTONIO.                   ¡Yo tambien! (Con amargura.)  
JUANA.                                   Si en el alma

no os hiriera agudo y torbo  
el tenaz remordimiento,  
no fuerais supersticioso;  
ni pidierais á los astros  
embebecido y absorto,  
sacrílegas esperanzas...

ANTONIO. Me ofendeis, pero os perdono.  
Porque calla mi conciencia,  
porque no encuentro en el fondo  
del corazon, causa justa  
á la tormenta que corro;  
porque navego perdido  
en este alterado golfo,  
busco el rumbo en las estrellas,  
á los astros interrogo.

JUANA. ¡Es verdad! (Con penosa ironía.)  
No hay en el mundo  
quien os guíe...

ANTONIO. No hay en torno  
de mí quien no me rechace  
como á un execrable monstruo.  
¡Hasta vos!

JUANA. Yo nada os digo. (Con dignidad.)  
Dentro de mi pecho escondo  
mi dolor...

ANTONIO. En mi amargura,  
¿qué mucho que alce los ojos  
al cielo, si aquí, en la tierra,  
todos me niegan su apoyo?

JUANA. Veis que os escucho con calma...  
¡Partid! el tiempo es precioso,  
tal vez mañana...

ANTONIO. ¡Cualquiera (Con dolor.)  
sospechara que os estorbo!  
¿Por qué ese afan!

JUANA. Porque os miro  
del rey expuesto al enojo,  
porque mis hijos os llaman  
padre... ¡Porque sois mi esposo!

ANTONIO. ¡Si no me amais!... ¿qué os importa?

JUANA. ¿Qué no os amo?... ¡Esto es el colmo  
de la ingratitud! ¿No basta

que hayais quebrantado y roto  
un corazon que alentaba  
para vos, para vos solo?  
¿No basta que en mis horribles  
y largas horas de insomnio,  
mire el abismo de sangre  
que se extiende entre nosotros,  
mientras que vos distraído  
en criminales coloquios,  
la fe que me habeis jurado,  
torpe arrastrais por el lodo?...  
¿No basta?

ANTONIO. Mirad que os juro...

JUANA. ¡No blasfemeis! (Con vehemencia.)

¡Si es notorio  
vuestro amor á la Princesa!

¡Si habeis escrito con rojos  
caractéres mi desdicha!...

¡Si amenazador y torbo  
el cadáver de Escobedo,  
os lanza el crimen al rostro!

ANTONIO. ¡Juana, la injusticia os ciega!

JUANA. ¡Si el rey lo sabe y celoso (Sin atenderle.)  
vuestro castigo medita!...

ANTONIO. Yo os declaro...

JUANA. No sé cómo (Con desden.)  
negais lo que he visto. ¡Mucho  
descendeis! Os desconozco.

ANTONIO. ¡Silencio!... (Viendo aparecer á Diego.)

## ESCENA IV.

DICHOS, DIEGO, agitado.

DIEGO. (Con inquietud.) Vengo á buscaros.

ANTONIO. ¿Qué teneis? Estais inquieto.  
Decid, ¿qué pasa?

DIEGO. En secreto  
quisiera, señor, hablaros.  
Perdonad... (Á Doña Juana.)

JUANA. ¡Otra traicion!



Posible es que la Princesa  
le envíe...)

DIEGO. Ved que interesa

(Cada vez más alterado.)  
este asunto á mi opinion.

ANTONIO. ¿El caso es grave?

DIEGO. Muy grave.

ANTONIO. Si necesitais consejo  
yo podré dároslo.

JUANA. Os dejo... (Marchándose.)  
(¡ántes que el dolor me acabe!)

## ESCENA V.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

ANTONIO. ¿Qué sucede?

DIEGO. Escuchad, pues.

Esta mañana á mi oído  
llegó un rumor extendido  
por todo Madrid.

ANTONIO. ¿Cuál es?

No me hará mucho favor...

DIEGO. Yo solo deciros puedo  
que une el nombre de Escobedo  
con el vuestro ese rumor.  
Cuenta una historia sombría  
y de vuestro nombre abusa.

ANTONIO. ¿Esto es decir que me acusa  
de esa muerte? Lo sabía.

DIEGO. En vos sin razon se ceba...

ANTONIO. ¿Es cierto!

DIEGO. (Indignado.) ¿Á qué no se atreve  
la lengua audaz de la plebe?

ANTONIO. Pues dejadla que se atreva. (Con calma.)  
No está en el poder segura  
mi honra, pero no desinayo.  
La calumnia es como el rayo  
que siempre busca la altura.

DIEGO. Hay más, y esto ¡vive Dios!  
me desespera..,

ANTONIO. (Con indiferencia.) ¿Y qué es esto?

DIEGO. Dicen que el rey ha dispuesto  
tomar venganza de vos.  
Y añaden—con pena sigo,  
señor, pero es necesario;—  
que vuestro mayor contrario  
es... ¡mi padre don Rodrigo!  
¡Venenosa acusacion  
que mal con mi honor se aviene!  
Pensar que mi padre tiene  
tan podrido el corazon!...

ANTONIO. De todo el vulgo sospecha...

DIEGO. Perdí, al saberlo, mi aplomo (Exaltándose.)  
y volé á mi casa, como  
parte del arco la flecha.  
Allí estaba, hablé con él,  
burlóse de mi ardimiento  
y apaciguó en un momento  
mi incertidumbre cruel.  
—¡Cosas de la juventud,  
dijo, que en todo se excede!—  
¡Dudar yo de él! (Con amargura.)

ANTONIO. ¡Qué no puede  
la voz de la multitud!

DIEGO. Confieso que estuve injusto:  
mas temí volverme loco  
cuando supe...

ANTONIO. (Tranquilizándole.) ¡Y por tan poco  
le habeis dado ese disgusto?  
Agradezco por honrada  
y noble vuestra intencion;  
mas si la murmuracion  
me vence en esta jornada,  
sabré luchar con mi estrella  
sin temor y sin zozobra,  
que tengo aliento de sobra  
para combatir con ella.

DIEGO. Mi padre á veros vendrá,  
porque mi desasosiego  
le alarmó...

ANTONIO. (Tendiéndole la mano.) ¡Gracias, don Diego!  
mi amigo sois.

DIEGO. (Viendo entrar á su padre.) Aquí está.

## ESCENA VI.

DICHOS, D. RODRIGO.

RODRIGO. En alas de mi cuidado  
vengo á veros...

ANTONIO. (Cortesmente.) Eso os tengo  
que agradecer...

RODRIGO. Y á más, vengo  
de mi inclinacion llevado,  
con ansia de averiguar  
si algun riesgo os amenaza.

ANTONIO. Eso dicen en la plaza  
las gentes...

RODRIGO. ¡Es singular!

ANTONIO Ninguna inquietud abrigo  
que me haga temer la ley;  
pero aseguran que el rey  
está enojado conmigo,  
y que ruge contra mí  
su cólera soberana.

RODRIGO. ¿Le habeis visto?

ANTONIO. Esta mañana,  
segun costumbre, le ví.

RODRIGO. ¿Y nada os dijo?

ANTONIO. En verdad,  
nada que á dudar me incline.

RODRIGO. (Con rencor reconcentrado.)  
(¡Ay de tí, cuando fulmine  
la invisible tempestad!)

ANTONIO. Pero mi nombre amancilla  
el vulgo, que no es escaso  
en cuentos...

RODRIGO. (Con desden.) ¿Quién hace caso  
de los cuentos de la villa?

ANTONIO. Me inspiran hondo desprecio;  
mas á tanto se propasa...

RODRIGO. Como viene á vuestra casa (Con intencion.)  
la Princesa, el vulgo necio  
en comentar se entretiene  
esas visitas...

- ANTONIO. La escuda (Con energía.)  
su propio honor.
- RODRIGO. (Recalcando la frase.) ¿Quién lo duda?  
Lo sé... ¡Pero ello es que viene!  
La gente es tan indiscreta  
y anda Lucifer tan listo...  
Si hay álguien que entrar la ha visto  
por una puerta secreta...  
No es fácil con esto, no,  
que tales hablillas cesen.
- DIEGO. Pero ved... (Alterándose.)
- RODRIGO. (Con candidez hipócrita.) ¡Si todos fuesen  
tan sencillos como yo!
- DIEGO. Callad, padre, me dáis miedo.
- RODRIGO. (Siempre en el mismo tono intencionado.)  
¡Mas la calumnia es muy terca!  
y luego murió tan cerca (Á Perez.)  
de vuestra casa Escobedo!...  
¡Funesta casualidad!
- ANTONIO. (Con dignidad.)  
¿Qué importa que me condenen?
- RODRIGO. ¡Hay imposturas que tienen  
apariencias de verdad!  
Y esta se enreda y prepara  
con un arte, que tal vez  
yo mismo, si fuera juez,  
¡Dios me libre! os condenara.  
Mas no hay que pensar en eso.
- DIEGO. ¡Bien decís! (Respirando.)
- ANTONIO. (Con hondo recelo.) ¡Por vida mia!  
Cualquiera sospecharia  
que empezábais mi proceso.
- RODRIGO. ¡Bah! No me llama el Señor (Variando de tono.)  
por tan extraño camino.  
Es que busco y examino  
las causas de este rumor.
- ANTONIO. Sabeis que vivo dispuesto (Con altivez.)  
á todo...
- RODRIGO. Por lo demas,  
no habeis estado jamás  
tan seguro en vuestro puesto.  
¿Qué importa que siga en pos

de esos cuentos la malicia,  
si el rey en su alta justicia  
está contento de vos?  
Ayer, tratando con él  
de los negocios de Hacienda,  
—y esto os lo confío en prenda  
de amistad sincera y fiel,—  
hablóme, no una vez sola,  
de vos con amor profundo.

ANTONIO. ¡Es la fortuna del mundo (Desanimado.)  
pérfida como la ola!  
Mal está consigo mismo  
quien sus impulsos no enfrena,  
porque alterada ó serena  
oculta siempre el abismo.

DIEGO. Ya veis que mi padre sabe (Alentándose.)  
los intentos soberanos.

ANTONIO. ¡De sus secretos arcanos  
solo Dios tiene la llave!  
Veremos qué sesgo toma  
el lance. Os voy á dejar,  
porque tengo que mandar  
unos despachos á Roma.  
Es asunto que interesa  
al rey...

RODRIGO. Pues id sin tardanza.  
(Ap., viéndole salir.)  
(¡Enredada en su esperanza  
segura tengo mi presa!)

## ESCENA VII.

DIEGO, D. RODRIGO.

DIEGO. ¡Ay, padre! Perez camina (Con abatimiento )  
hácia el abismo...

RODRIGO. (Con indiferencia.) Lo siento.

DIEGO. No sé qué presentimiento  
me está anunciando su ruina.  
Bajo su planta la tierra  
vacila...

RODRIGO. ¿Qué se ha de hacer?

(En el mismo tono.)

DIEGO. ¡Hablais de ello á mi entender,  
con una calma que aterra!

RODRIGO. Ni está su causa perdida  
ni el riesgo que corre es grave.  
Ademas, hijo, ¿quién sabe  
si convendrá su caída?

DIEGO. ¡Padre!... (Espantado.)

RODRIGO. Cuando se desploma  
un poder, otro aparece;  
cuando un astro se oscurece,  
otro más brillante asoma...

DIEGO. Pero...

RODRIGO. ¿Quién sabe? Supon (Animándose.)  
que tras difíciles pruebas,  
él desciende y tú te elevas  
á la más alta region.  
Y que Felipe segundo  
realiza tu ardiente sueño  
de ambicion, y que eres dueño  
del rey, de Europa, ¡del mundo!  
Y que... tan jóven, te ves  
en la fortuna á que aspiras,  
y que, sol de gloria, miras  
toda la tierra á tus pies.  
Y que para conseguir  
que el rey de España te llame,  
Perez... sobra...

DIEGO. (Indignado.) ¡Esto es infame!

RODRIGO. ¡Esto es medrar y subir!

DIEGO. Á tanta costa, jamás  
quiero labrar mi fortuna.

RODRIGO. ¡Y haces muy bien! Esta es una  
hipótesis nada más. (Reponiéndose.)

DIEGO. Digo que con toda el alma  
siento haberos escuchado.

RODRIGO. ¡Bah! los negocios de Estado  
deben mirarse con calma.  
Espero que poco á poco  
templarás tu condicion.

DIEGO. ¡Oh! ¡nunca!...

RODRIGO. ¿Qué corazon,

- jóven y ardiente, no es loco?
- DIEGO. Pues bien: no os quiero ocultar,  
ya que la ocasion se ofrece,  
ya que el peligro aparece  
por las puertas de este hogar,  
que un vivo afecto, señor,  
á su suerte me encadena,  
un sentimiento que llena  
mi vida entera: ¡el amor!
- RODRIGO. ¿Qué es lo que dices? (Asombrado.)
- DIEGO. No debo  
callar. ¡Fuera cobardía!  
Indigno me juzgaria  
del nombre honrado que llevo,  
y aún pienso que os ofendiera,  
si estando el riesgo cercano,  
fuese mi amor tan villano  
y tan ruin que se escondiera.
- RODRIGO. (Preocupado.)  
¿Conque amas?...
- DIEGO. Sí, padre mio.  
Negarlo fuera mentira.  
La hija de Perez me inspira  
amor... ¿Qué amor?... ¡desvarío!  
Y tan honda esa pasion  
en mi corazon está,  
que arrancármela será  
arrancarme el corazon.  
Intensamente domina  
todo mi ser. Su hermosura  
es luz misteriosa y pura  
que me alumbra y me fascina.
- RODRIGO. Será un juvenil capricho  
quizás...
- DIEGO. (Con exaltacion.) ¡Estais engañado!  
Os juro...
- RODRIGO. (Con desden.) ¿Qué enamorado  
lo mismo que tú no ha dicho?
- DIEGO. ¡Padre!...
- RODRIGO. Modera tu afan.  
¿Quién hace caso? Ese fuego  
se extinguirá pronto, y luego...

ni aún cenizas quedarán.

¡Siempre ha sucedido así!

DIEGO. (Con ardor.)

¡Oh! ¡Permitid que no os crea,  
porque es horrible la idea  
que estais despertando en mí!

RODRIGO. ¡Eh! suspende esos extremos  
y ten la impaciencia á raya.  
Cuando espacio y lugar haya  
de tu locura hablaremos.

Hoy no es prudente...

DIEGO. (Alterado.) Advertid,  
señor, que vuestro lenguaje  
da cuerpo y vida al ultraje  
que os está haciendo Madrid.  
¿Tendrá Perez que temer  
de vos? ¿Sois quien le amenaza?

RODRIGO. (Este mozo lleva traza  
de echarlo todo á perder!)  
Pienso que altera tu juicio  
ese amor desatinado.  
Si cayera despeñado  
Perez en el precipicio,  
¿quieres correr el azar  
de unir tu suerte á su suerte?  
¿Qué conseguirás? Perderle  
y no poderle salvar.  
¿No comprendes que es error  
desatender mis consejos?  
¿No ves que estando más lejos  
podrás servirle mejor?  
Porque soy prudente aplazo  
ese amor...

DIEGO. (Convencido.) ¡Y sospechaba  
yo! Perdonad. ¡Loco estaba!  
Decis bien.

RODRIGO. (¡Cayó en el lazo!  
Pero aventurado fuera  
dejarle aquí...)

DIEGO. ¡En vos confío! (Con efusión)

RODRIGO. Ahora recuerdo, hijo mio,  
que el tesorero te espera.



DIEGO. ¿Sabeis qué quiere?

RODRIGO. No sé.

Mas vete y no te retardes.

(Deteniéndole.)

¡Ah!... cuidado que me aguardes  
en San Salvador!

DIEGO. Lo haré...

RODRIGO. ¡Si estos muchachos de ahora

(Viéndole salir.)

dan en tener corazon,

¡qué pobre generacion

va á ser nuestra sucesora!

## ESCENA VIII.

D. RODRIGO, solo.

Este amor me contraría.

¡Es un obstáculo! Fuerza

es quitarle del camino

que conduce á la grandeza.

Pero... ¿cómo? (Pensativo.)

¡Ah! gran proyecto.

(Herido de una idea repentina.)

¡Famoso! Sin que él lo advierta

puedo conseguir hoy mismo

que la dama le aborrezca.

Y cuando rompa ese nudo,

¡mi buena intencion me absuelva!

llegará á la cumbre... ¡Vamos

enredando la madeja!

El rey, que desde San Justo

vió salir á la Princesa

de esta casa, y se apercibe

á satisfacer su ofensa...

El vulgo mal inclinado

que busca, inquiere, y comenta

los hechos, con tal malicia

que sin escuchar condena...

Doña Juana recelosa

y ofendida... ¡Qué pequeña

la humanidad me parece,

tan inocente y tan crédula!  
—Decretada está la ruina  
de Perez. Sorda y tremenda  
la cólera del monarca,  
busca rugiendo su presa.  
«Mañana sabreis, me dijo,  
mi resolucion suprema,  
que está, Vazquez, mi justicia  
en lucha con mi clemencia.»  
¡Oh!... si la justicia fuese  
la que pugnara, perdiera.  
Pero... ¡es la venganza! y juzgo  
imposible que no venza.  
Hoy recibiré la órden  
de prision... Por lo que pueda  
resultar, tengo apostados  
los alguaciles ahí cerca...

## ESCENA IX.

D. RODRIGO, DOÑA JUANA.

RODRIGO. ¡Ah!... ¡Señora!

JUANA. (Si este sabe...

¡será inútil!... ¿Quién penetra  
su intencion?) Mucho celebro  
veros...

RODRIGO. Bendigo mi estrella, (Afablemente.)  
que en ocasion de serviros  
me trae á vuesrra presencia.  
Mandad.

JUANA. Vos, que autorizado (Con ansiedad.)  
por vuestro cargo, en la régia  
cámara teneis entrada,  
podreis decirme...

RODRIGO. (Idterrompiéndola.) Quisiera  
complaceros, mas ignoro  
lo que en la córte se piensa.  
Mi genio es tan retraido,  
que vivo, señora, en ella  
como un huésped...

JUANA. (Dudosa.) Pero... ¿nada

sabeis?

RODRIGO. Ni es fácil que sepa.  
El rey solo me consulta  
en los negocios de Hacienda,  
y las áulicas intrigas  
son para mí tan ajenas,  
que por conducto del vulgo  
solo á mi noticia llegan.

JUANA. No me importan los rumores  
de esa gente, cuya lengua,  
de toda infamia al servicio,  
ninguna opinion respeta.  
¡Á vuestra amistad acudo!

RODRIGO. ¡Á mi amistad? Claras muestras  
teneis de que es firme; pero  
si la ocasion se presenta  
vereis muchas más...

JUANA. No atino...  
¿Qué quereis decir?

RODRIGO. (Con traidora sonrisa.) ¡Paciencia!  
Hemos de ser más que amigos  
si nuestros hijos se empeñan...

JUANA. ¡Ah!... (Con disgusto mal reprimido.)

RODRIGO. (Necesito librarme  
de preguntas indiscretas.)

JUANA. (Reponiéndose.)  
Ya hablaremos de eso. Ahora... (Impaciente.)

## ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA DE ÉBOLI.

PRINC. (¡Este hombre aquí!) (Alterada.)

RODRIGO. (¡La Princesa!)

JUANA. ¡Señora! (Sorprendida.)

PRINC. ¿Quizá os sorprende  
mi atrevimiento?

RODRIGO. (Rogocijándose.) (Dios ciega  
á los que quiere perder.)

PRINC. Mas la obligacion me fuerza  
á pisar estos umbrales.

JUANA. ¿Y nada más? (Con enojo.)

PRINC. (Con intencion y altivez.) ¡Por la puerta

- principal y en pleno día  
penetro en la casa vuestra!
- JUANA. Haceis bien, porque el misterio  
y la oscuridad engendran  
(En el mismo tono.)  
fantasmas aterradores  
y apariciones sangrientas.
- PRINC. Mi conciencia está tranquila,  
y no temo que la ofendan  
vanos recelos...
- JUANA. (Con ironía.) ¡Bien haya,  
señora, vuestra conciencia!  
De otras sé yo que aunque limpias  
de toda mancha aparezcan,  
ocultan negros abismos  
que espanto al infierno dieran.  
¡Qué noches serán las suyas  
tan lúgubres, tan siniestras!  
El recuerdo de su vida  
las seguirá por doquiera.  
Verán esposas burladas,  
madres que lloran inquietas,  
crímenes quizás... ¡Ve tanto  
el malvado en las tinieblas!  
Y en vano querrán librarse  
de sus penosas ideas,  
que donde el delito acaba  
el remordimiento empieza.  
¿No es esto verdad?... ¡Mas veo  
que os agitaís!... ¿Qué os altera?  
¡Es extraño!... Estais, señora,  
pálida como una muerta!...  
¿No veis, don Rodrigo?
- PRINC. (Con dignidad.) Nada  
hay en esto que sorprenda.  
De tal modo esas palabras  
en mi corazón resuenan,  
que me estremezco al oírlas  
sin llegar á comprenderlas.
- JUANA. ¡Vuestra virtud os escuda! (Irónicamente.)
- RODRIGO. (Hipócritamente.)  
No hay en Madrid quien se atreva

á negarla...

PRINC. (Este hombre tiene  
los instintos de una fiera.)

JUANA. (En un arranque de ira.)  
¡Acabemos! ¿Qué motivo  
os trae á mi casa en esta  
ocasion?...

PRINC. Quisiera hablaros,  
y el temor mis labios cierra.

JUANA. ¿Miedo vos?... Pues os creia  
más valerosa y resuelta.  
¿Quien á tanto se ha atrevido,  
hoy vacila, calla y tiembla?

PRINC. ¡Oh! (Irritada )

JUANA. (Con furor reconcentrado.)  
Confesad francamente,  
sin hacer vanas protestas.  
que no era á mí á quien buscábais.

PRINC. ¡Hareis que mi calma pierda!  
(Reprimiéndose, á Doña Juana.)  
Necesito hablar á solas  
con vos.

RODRIGO. (Receloso.) (No sé qué proyecta...)

JUANA. Nada teneis que decírme, (Colérica.)  
nada entre nosotras media  
que autorice confianzas  
que me agravian y avergüenzan.

PRINC. ¡Señora!... Fuera ya en mí (Con exaltacion.)  
debilidad, fuera mengua,  
no contestar por respetos  
que no guardais, á esa ofensa.  
¡Voy á hablar! Pero advertid  
que hablo por vos en presencia  
del incansable enemigo  
que nos persigue y acecha.  
(Fijándose con resolucion en D. Rodrigo.)

RODRIGO. ¡Pienso que vuestras palabras  
no me alcanzan!...

PRINC. (Con energia.) Pues debiérais  
conocer que las dirijo  
contra vos...

RODRIGO. (Con altivez.) ¡Pues no me aciertan!

JUANA. ¡Oh! ¡Callad!... (Alterada á D. Rodrigo.)

PRINC. Sé que me expongo

á graves peligros... ¡Sea!

que ya es tiempo de arrancaros

esa hipócrita careta.

JUANA. ¡Ved que os hallais en mi casa!

PRINC. No lo olvido.

RODRIGO. (Con sencillez.) ¡Quién creyera

que sobre mí descargara

la nube, de rayos llena?

PRINC. Ya es tiempo de que la luz

los misterios esclarezca.

Él es, él, quien ha sembrado

por la corte esas sospechas,

que mi dignidad rebajan

y al rey y á vos os afrentan.

Él, quien empujó á Escobedo,

por la pendiente funesta

que puso fin á su vida,

y límite á la paciencia

del rey...

RODRIGO. (Pero... ¿cómo sabe?...)

PRINC. Él por medios que reprueba

la moral, de sus verdugos

armó la asesina diestra.

Él, esquivando el peligro

con una intencion de hiena,

influyó para que fuesen

de alféreces á la guerra...

RODRIGO. ¿Quién os ha dicho?... (Alarmado.)

PRINC. (Con energía.)

¿No os basta

que lo sepa?

RODRIGO. (Inquieto.) ¿Teneis pruebas?

PRINC. ¡Las tendré!

RODRIGO. ¡Ah!...

(Respirando como libre de un peso abrumador.

por vida mia

que hubiese sido discreta

prevision, para acusarme,

no esperarlas y tenerlas.

JUANA. (¿Qué es esto? Vacilo, dudo...)

RODRIGO. ¡La trama está bien dispuesta!

Mientras en mí se entretiene  
la ávida maledicencia,  
con razon ó sin motivo  
no os acusa ni condena...

PRINC. ¿Veis lo que supone? (Con desprecio.)

RODRIGO. (Fingiendo indignacion.) Os dejo  
á solas con la Princesa.

JUANA. ¡No, no!... esperad... (Deteniéndole.)

RODRIGO. Excusadme (Alejándose.)  
el rubor de la defensa.  
(Es menester dar el golpe  
pronto, que el peligro arrecia.  
Si el rey...)

## ESCENA XI.

DOÑA JUANA, PRINCESA.

JUANA. (¡No sé qué pensar!)

PRINC. Señora... ¿estais satisfecha?  
Ya veis que afrontando todos  
los riesgos y contingencias,  
hablé delante del hombre  
que busca la ruina nuestra.  
¿Qué más pretendéis de mí?

JUANA. ¿Y cómo quereis que os crea (Recelosa.)  
cuando teneis con engaños  
el alma de Perez presa?

PRINC. ¡Os compadezco!... Sabed  
(Con altiva piedad.)  
que tengo noticias ciertas  
de que el rey ha decretado  
con sigilosa reserva,  
la prision de vuestro esposo...

JUANA. ¿Qué decís? (Agitada.)

PRINC. ¡El tiempo apremia!  
Haced que se ponga en salvo,  
que es posible que le prendan  
ántes de una hora...

JUANA. (Sobresaltada y celosa.) ¡Dios mio!  
¿qué confusiones son estas?  
Dos veces me dais la muerte

con tan espantosa nueva,  
por el mal que me predice  
y por ser vos quien la cuenta.  
Ese interés que os obliga,  
atropellando cautelas,  
á advertirle del peligro...  
¿qué es sino amor?

PRINC. (Con sinceridad.) Es... prudencia.  
La misma causa nos une,  
que en esta arriesgada empresa  
quiere el cielo que me salve  
con él, ó con él me pierda.  
¡Id, volad!

JUANA. Me está matando  
el dolor!...

PRINC. Esto os convenza.

JUANA. ¡Si cuanto más pienso en ello (Desesperada.)  
más mis dudas se acrecientan!

PRINC. ¡Juro que son infundadas  
por cuanto ameís en la tierra!

JUANA. ¡Oh! ¡no es bastante!

PRINC. ¡Os lo juro  
por mi salvacion eterna!  
Corred... ¡Quizá será tarde!  
y adios quedad, que si llegan  
á verme...

## ESCENA XII.

DICHAS, PEREZ.

ANTONIO. ¿Vos en mi casa? (Sorprendido.)

JUANA. ¡Harán que loca me vuelva!

PRINC. (Con agitacion.)  
Perez, la inquieta fortuna  
se aparta de vos. Nos cercan  
graves riesgos.

ANTONIO. (Desalentado.) ¡Me lo ha dicho  
anoche mi aciaga estrella!

PRINC. Hay amigos que nos venden,  
el rey prenderos ordena,  
parad el golpe primero,



idos, y ¡Dios os defienda!

### ESCENA XIII.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. Ya lo veis... ¡marchad! por vos  
y por nuestros hijos temo.  
No nos queda en tanto extremo  
sino la piedad de Dios.  
Escapad de la asechanza  
que os tiende mano traidora.

ANTONIO. ¡Estaba escrito! La hora  
sonó ya de la venganza.  
Pero aguardaré tranquilo  
mi suerte...

JUANA. ¡Ved mi afliccion!...  
¡Partid, partid! Aragon  
os dará secreto asilo.  
Desde allí podreis buscar,  
si el horizonte se cierra,  
refugio en extraña tierra.

ANTONIO. Es en vano: aquí he de estar.  
Venga lo que quiera en pos,  
no me iré, que eso sería  
dar razon en contra mia,  
al rey, al mundo y á vos.  
Fuera confesar mi yerro,  
y es mejor alzar la frente  
en el cadalso, inocente,  
que bajarla en el destierro.

JUANA. ¡Ay, Antonio! ¡Me matais!...

ANTONIO. En mi inocencia confío.

JUANA. Lo que yo quiero, ¡Dios mio!  
lo que quiero... ¡es que vivais!  
Por el jardin, sin testigos,  
hallareis fácil salida;  
más tarde, vuestra partida  
dispondrán nuestros amigos.  
¡Ved que temo mi viudez  
y la cólera siniestra  
del monarca, que soy vuestra  
esposa, no vuestro juez!

Yo no os juzgo ni condeno...

¡Marchad!

ANTONIO. (Con resolucion.) ¡Son ruegos prolijos!

¡No he de legar á mis hijos  
un nombre de infamia lleno;  
y quiero si, por mi mal,  
me abruma el rigor del hado,  
que digan:—«Fué desdichado,»—  
pero no —«Fué criminal!»

JUANA. (Desesperada)

Mas ¿no conoceis?...

## ESCENA XIV.

DICHOS, DIEGO, alterado y presuroso.

DIEGO.

¡Señor!

¡señor!...

JUANA. (Aterrada al verle.) ¡Que Dios nos proteja!

ANTONIO. ¿Qué os pasa?

DIEGO. (Inquieto.) Si no me deja

hablar tranquilo el temor.

Pero mi suerte bendigo

que me ha permitido veros...

ANTONIO. ¡Acabad!

DIEGO.

Hoy va á prenderos.

JUANA. ¿Quién? (Exaltada.)

DIEGO. Mi padre don Rodrigo.

JUANA. ¡Era cierta su traicion! (Desfallecida.)

¿Qué es lo que buskais?

(En un arranque de ira.)

DIEGO.

Orando

estaba en el templo, cuando  
recibió la comision.

Miróme con hondo afan

y tristemente me dijo:

—Esto es hecho! Ya es, hijo,

qué mal encargo me dan.

Cumplirle manda el respeto;

pero la amistad me valga.

Vete y dí á Perez que salga

por el postigo secreto.

Y libre de todo susto,

que no ha de ser molestado,  
podrá acogerse á sagrado  
en la iglesia de San Justo.  
No tendré esbirros allí  
que le observen...

JUANA. ¡Aguardad! (Recelosa.)

Nos tiende un lazo...

DIEGO. (Sin oírle y con ansia.) ¡Mirad  
que viene detrás de mí!  
Salir de aquí es menester.  
¡Si os quedais estais perdido!

ANTONIO. Lo sé; pero he decidido  
(Con firmeza.)  
dejarme, Vazquez, prender.

DIEGO. ¡Señor! (Asombrado.)

ANTONIO. Lo dicho: no huyo.

DIEGO. ¡Mereceis que loco os llame!

JUANA. (Fuera de sí.) ¡Vuestro padre es un infame,  
y vos instrumento suyo!

DIEGO. (Alterado.) ¡Señora!... ¿tan sin razon  
me ofendeis?...

JUANA. (Decidida.) Sé lo que digo.  
Há tiempo que don Rodrigo  
busca nuestra perdicion.  
Alguna traicion concierta,  
pues de buena fé no acude...

ANTONIO. ¿Qué decis? (Con enojo.)

JUANA. ¡Dios os ayude (con aire sombrío.)  
si pasais por esa puerta!  
(Señalando el postiguello secreto.)

DIEGO. Aunque es horrible el ultraje  
que me haceis, no me defiendo,  
porque si lo hiciera entiendo  
que agraviara mi linaje.  
La honda pena que os traspasa  
vuestra razon estravia.

## ESCENA XV.

DICHOS, GREGORIA, sobresaltada y trémula.

GREG. ¡Ay madre, madre!...

JUANA. ¡Hija mía! (Espantada.)

GREG. ¡Cercando están nuestra casa!

DIEGO. ¡Lo veis? (Con desaliento.)

GREG. Que en busca de vos (Á Perez.)  
viene la justicia, infiero.

DIEGO. No os detengais...

ANTONIO. (Con calma.) Aquí espero  
los altos juicios de Dios!

GREG. ¡Oh! ¡qué horror! Le prenderán.

DIEGO. ¡Su obstinacion me da espanto!

GREG. ¡Padre! ¿no os mueve mi llanto?  
¿No os mueve mi ardiente afán?  
Mis súplicas os dirijo.

JUANA. ¡Marchad!

ANTONIO. ¿Pretendeis que olvide  
mi honor?

GREG. Vuestra hija os lo pide.  
(Arrojándose á sus piés.)

DIEGO. Y si vos quereis... ¡vuestro hijo!  
(Postrándose.)

ANTONIO. ¿Qué es esto? (Levantándose sorprendido.)

DIEGO. No es ocasion  
de callar, ya que os imploro.  
Esto es, señor, que la adoro  
con todo mi corazon.  
Mi padre salvaros quiere  
porque conoce mi inmensa  
pasion... ¡Mirad si es ofensa (Á Doña Juana.)  
la que por vos se le infiere!  
Y me matará el dolor  
si os prende...

ANTONIO. (Abrazándole.) ¡Gracias, don Diego!

JUANA. ¡Ya se acercan!... ¡Os lo ruego!  
(Agitada y fuera de sí.)

¡Os lo ruego por mi amor!

ANTONIO. (Abrazándola conmovido.)  
¡Por vuestro amor, dueño mio!...  
Ya mi incertidumbre acaba.  
¡Ay, Juana! Sin él estaba  
mi pobre pecho vacío.  
¿Quereis que salve mi vida?  
Bien está. De aquí me alejo.

¡Pero entre vosotros dejo  
toda mi alma repartida!

DIEGO. Pronto, que pueden llegar...

GREG. ¡Ya suben!...

ANTONIO. (Abrazándolos.) ¡Pierdo la calma!  
¡Sabe Dios, hijos del alma, (Con desesperacion.)  
cuándo os volveré á abrazar?

JUANA. ¡Por aquí!  
(Desprendiéndose de sus brazos y señalándole la  
puerta de la derecha.)

DIEGO. ¡No, por aquí!  
(Empujándole por el postiguillo secreto que conduce  
á la calle.)

ANTO IO. ¡Llegó el instante supremo!  
(Desapareciendo por él.)

JUANA. (Queriendo detenerle con un movimiento instintivo.)  
¡Esperad!... (¡No sé qué temo!)

DIEGO. ¡Señora?... ¿Aún dudais de mí? (Quejoso.)

## ESCENA XVI.

DICHOS, ménos PEREZ.

GREG. ¡Ay! Por vez última quiero  
verle partir...

DIEGO. (Con dolor.) ¡Dios le guie!

GREG. ¡Madre! Dejad que le envíe  
desde aquí mi adios postrero.  
(Entrando en el balcon.)

JUANA. ¡Señor, Señor, sé propicio  
á mi súplica sumisa!  
Si una víctima es precisa  
yo me ofrezco al sacrificio.

## ESCENA XVII.

DICHOS, D. RODRIGO, en la puerta del fondo. Dos alguaciles.

RODRIGO. ¡Perdonad! Cumplo una ley  
penosa...

JUANA. Habeis acudido (Con gravedad.)  
tarde. ¡Partió mi marido!

RODRIGO. ¡Mándame prenderle el rey!

JUANA. Pues se ha escapado la presa.

RODRIGO. ¡Ved que esto malicia arguye!

JUANA. ¿Y por qué? (Alterada.)

RODRIGO. Porque quien huye  
su mismo crimen confiesa.

JUANA. ¡Que llegais tarde, os repito!

RODRIGO. Lo siento, que á mi pesar,  
su fuga habrá de constar  
como prueba del delito.

DIEGO. No le comprendo .. (Con asombro.)

GREG. (Saliendo del balcon pálida y profundamente agitada.)  
¡Qué horror!

RODRIGO. (¡Ya está cogido!) (Con secreta alegría.)

JUANA. (Fuera de sí.) ¡Qué es eso?...

GREG. ¡Le han preso, madre, le han preso,  
en la iglesia ya!...

JUANA. (Mirando colérica á Diego.) ¡Ah... traido r!  
(Deshecha en lágrimas.)

GREG. ¡Qué proceder tan impío!

JUANA. (Á Diego, con ira reconcentrada.)  
¡Malvado! ¿así nos ayudas?

DIEGO. (Consternado, acercándose á Gregoria.)  
¡Escuchadme!...

GREG. (Rechazándole con indignacion y desprecio.)  
¡Aparta, Judas!

RODRIGO. (Presenciando la escena con mal reprimida satisfaccion.) (¡Ya maté su amor! ¡Ya es mio!)

DIEGO. (Á D. Rodrigo, airado y quejoso.)  
¡Mi corazon es de hielo!  
¿Qué hicisteis?

RODRIGO. (Severamente.) La orden cumplí  
del rey...

JUANA. (Cayendo desplomada en los brazos de su hija )  
¡Mande sobre tí  
todos sus rayos el cielo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Habitacion distinta en la misma casa de Perez, modestamente adornada; puerta á derecha, izquierda y fondo.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA JUANA.

¡Ilusiones!... todo es vano.  
¿Quién del rey la saña doma?  
¡Ay de la débil paloma  
sujeta por el milano!  
Rendida, trémula, opresa  
mira al cielo que cruzó:  
¿más qué milano soltó  
rendida una vez su presa?  
Tal es aquí nuestra suerte,  
suerte de Dios maldecida:  
apariencias de una vida  
con realidades de muerte.  
¿Por qué una loca esperanza  
el alma triste acaricia,  
cuando alienta en la justicia  
espíritu de venganza?  
Huye Perez; el rey fiero  
busca irritado su huella

y por prenderle atropella  
de la iglesia el santo fuero.  
Y al verle al fin humillado  
quejoso le dice allí:  
«Si tú te alejas de mí,  
»¿quién gobernará el Estado?  
»¡Tener temor á la ley  
»cuando la ley va conmigo!  
»Haces mal, que eres mi amigo  
»y amigo tuyo es el rey.»  
Sarcasmo indigno y cruento  
que su carácter precisa,  
pues marcó en una sonrisa  
lo que acabó en el tormento.  
¿Y así es posible vivir?  
¿Y así es posible esperar?  
No, forzoso es acabar  
y libertarle ó morir.  
Más Gil de Mesa no viene  
y el tiempo apura: ¿qué hará  
que á Madrid no ha vuelto ya  
y en Aragon se detiene?

## ESCENA II.

DOÑA JUANA, GREGORIA, con manto y agitada.

GREG. ¡Madre!

JUANA. Hija mia, Gregoria,  
¿tú con manto! ¿dónde vas?  
triste y desolada estás,  
¿qué tienes? ¡Habla, mi gloria!

GREG. Perdonad. (Procurando calmarse.)

JUANA. ¿Qué otro dolor  
muestra tu rostro sombrío?

GREG. Vengo...

JUANA. ¿De dónde, Dios mio?

GREG. De hablar con el confesor  
del rey...

JUANA. ¡Tú! (Con ira.)

GREG. Sí, madre, sí,  
que anoche rogando al cielo



pensé en él con vivo anhelo  
y hoy á sus piés acudí.

JUANA. ¿Á qué?

GREG. Á implorar su clemencia,  
que á Dios representa á fe,  
y es el único que lee  
del monarca en la conciencia.

JUANA. ¿Y verle pudiste?

GREG. Sí,  
y ante mi llanto prolijo  
con trémula voz me dijo:  
«niña, ¿qué buscas aquí?»  
—Busco mi remedio en vos,  
le dije; busco justicia,  
que hallarla debo propicia  
en quien es sombra de Dios.  
Aplicador de su ley,  
juez de aquel que la traspasa,  
¿cómo no habeis puesto tasa  
á los rigores del rey?  
¿No condena Dios airado  
al que su amor no merece  
cuando injusto prevalece  
en las sombras del pecado?  
Pues si en el piélagos hirviente  
de sus iras penetrais  
y viendo, señor, estais  
que mi padre es inocente;  
¿por qué al ver su corazon  
rebosando de venganza,  
no le arrancais la esperanza  
de su eterna salvacion?

JUANA. ¡Hija!... (Aterrada.)

GREG. Helado, balbuciente,  
como el que ahuyenta un conjuro,  
díjome:—¡Sí, sí! yo os juro  
que Perez es inocente:  
de Dios cumpliré la ley,  
en su justicia confío;  
¿pero... qué he de hacer, Dios mio?  
¡yo soy yo, y el rey es rey!  
JUANA. ¡Alma indigna!

GREG.

De ira presa,  
madre, de aquel sitio huí;  
más sin saber cómo fuí  
á casa de la Princesa.

JUANA.

¡Tú á la Princesa! (Indignada.)

GREG.

Llegué,  
quise hablar, mi voz se ahogó;  
conocióme, me abrazó,  
lloró al besarme y lloré.

JUANA.

¡Tú en sus brazos!

GREG.

Con fe ardiente

dijo:—Busco lo que vos,  
y juro en nombre de Dios  
que soy de todo inocente.  
Tened fe, que si consigo  
en la trama penetrar,  
y al cabo llego á encontrar  
la huella de mi enemigo,  
aunque un puñal me taladre  
el corazon, desalada  
iré yo á vuestra morada  
á salvar á vuestro padre.  
Que bien sacrificio tal  
y abnegacion tal merece,  
quien tan sin culpa padece  
y padece por mi mal.

JUANA.

(Ap.) ¡Dios mio! ¿qué he de creer?  
¿qué lie de creer, santos cielos?  
¿Serán injustos mis celos  
é inocente esa mujer?

GREG.

Salí de allí, y á la puerta  
á Diego Vazquez me hallé.  
¡Ay, madre! al verle pensé  
quedar á sus plantas muerta.  
Vióme, envolvíme en el manto,  
salí, tras de mí volvió;  
quiso hablarme y no me habló,  
que apagó su voz el llanto.  
Entónces en fiero alarde  
dijele grave y solene:  
«¡qué bien la traicion se aviene  
con ese llanto cobarde!»

intentó hablar, no lo oí;  
¡Dios así lo habrá querido,  
porque á haberlo permitido,  
no sé qué fuera de mí!

JUANA. ¿Aún le quieres? (Irritada.)

GREG. ¡Por Dios vivo!

¿Cómo no? ¡Con loco amor!

¡Si no lo juzgo traidor!...

¡si su traición no concibo!...

JUANA. Sella los labios, Gregoria,  
que al verte á su amor asida,  
juzgo que tu mente olvida  
de tu padre la memoria.

GREG. ¡Ay, madre!

JUANA. No volverás  
á apartarte de mi lado;  
si hoy burlaste mi cuidado,  
no ocurrirá aquesto más.

GREG. Fuí de la justicia en pos...

JUANA. ¡La justicia!... ¡Vago anheló!...

GREG. ¡Ay!... ¿dónde hallarla?

JUANA. ¡En el cielo,  
que allí la justicia es Dios!

### ESCENA III.

DICHAS, ANTONIO PEREZ, pálido y demostrando sufrimiento.

ANTONIO. ¡Decis bien!...

JUANA. ¡Perez!

ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Gregoria!...

GREG. ¡Señor!... (Abrazándole y llorando.)

ANTONIO. Dice bien tu madre;  
quien busca aquí la justicia,  
busca la justicia en balde.

JUANA. ¿Habeis escuchado?

ANTONIO. ¡Todo!...

GREG. ¡Padre mio!... (Confusa.)

ANTONIO. ¡Eres un ángel!...  
no te disculpes.

GREG. La infamia  
os persigue en todas partes:

alguaciles os vigilan,  
teneis la casa por cárcel,  
la amistad os abandona,  
aquí no penetra nadie,  
y todos nos dejan solos,  
solos con nuestros pesares.  
¿Qué hacer? Os debo la vida,  
mataros quieren: mas ántes  
debo llevar mis suspiros  
donde puedan escucharse.

(Sonriendo tristemente.)

ANTONIO. ¿Y por eso á rogar fuiste  
á los piés de Diego Chaves?  
¡Chaves es hombre!... Los hombres  
no comprenden á los ángeles.—  
Eres hermosa, eres jóven,  
¡el mundo es cieno!... ¿quién sabe  
lo que el mundo pensar puede  
al verte sola en la calle?  
No más pedir por mi vida,  
que nada la vida vale  
si el soplo de la calumnia  
en tu frente ha de estrellarse.

GREG. ¡Dios mio! (Aterrada.)

ANTONIO. Déjanos solos,  
que dentro de poco es fácil  
que, como siempre, á esta hora  
llegue aquí Rodrigo Vazquez.

GREG. ¡Me perdonais, padre mio?

ANTONIO. ¿Pudiera no perdonarte?  
¡Dios solo sabe, hija mia,  
lo que siento en este instante!

GREG. ¡Madre!... (Besándole la mano.)

JUANA. No más... (Despidiéndola.)

GREG. ¡Dios del cielo,  
salvad la vida á mi padre!

#### ESCENA IV.

DOÑA JUANA, ANTONIO PE REZ.

ANTONIO. Cuando tal hija se tiene

y se tiene tal esposa,  
¿no ha de mirar por su vida  
quien cifra en ellas su gloria?

JUANA. ¿Qué decis?

ANTONIO. Que lo sé todo,  
que vuestra lealtad me asombra,  
que sois santa, y como á santa  
mi noble pecho os adora.

JUANA. No os entiendo.

ANTONIO. Hace un momento  
que con el ánima absorta,  
pensaba yo en vuestra estancia  
en mi dolorosa historia,  
cuando de pronto, de un cuadro  
se alzó la ligera forma,  
y descubriendo una puerta  
abrió paso á una persona.

JUANA. ¡Dios mío! (Aterrada.)

ANTONIO. No tengais miedo,  
deponed toda zozobra,  
que el dueño de ese secreto  
lleva la lealtad por norma.

JUANA. Gil de Mesa!... (Adivinando.)

ANTONIO. Está de vuelta,  
me ha visto, y dispuestas postas  
por todo el camino deja  
desde aquí hasta Zaragoza.

JUANA. ¿Y partireis?... (Con ansiedad.)

ANTONIO. Partiré.

JUANA. ¿Cuándo?...

ANTONIO. Dentro de una hora.

JUANA. ¡Ay! sí, partid, pues presiento  
no sé qué desdicha próxima.

ANTONIO. Mas ántes de separarnos,  
fuerza es que os hable, señora,  
con la conciencia del mártir  
que halla en su muerte victoria.

JUANA. Callad, Perez, os lo ruego;  
hoy la desdicha os agobia,  
y ante el peligro que os cerca  
mi resentimiento sobra.

Mucho he sufrido y llorado,

pero mi amor os perdona,  
que yo juzgaros no debo  
cuando á Dios juzgaros toca.

ANTONIO. ¡Juana!... ¡es que soy inocente!

JUANA. Os culpan las pruebas todas,  
que Rubio y Antonio Enriquez  
han estado en Barcelona,  
y en sus hombros ostentaban  
de su crimen el diploma.  
¡De alféreces van á Flandes!

ANTONIO. No es mia la ejecutoria  
que allá los lleva; otra mano  
quizá el crimen galardona!

JUANA. ¿Y dónde hallar esa prueba?

ANTONIO. ¿Quién sabe? con ella sola  
pudierais, si no la vida,  
salvarme al ménos la honra:  
¡Dios es justo! En él confío:  
su justicia es clara antorcha,  
que más tarde ó más temprano  
deshará todas las sombras.  
Pero callad, álguien viene...

JUANA. ¿Quién podrá ser á esta hora  
sino el traidor enemigo  
que vuestra muerte ambiciona?

## ESCENA V.

DICHOS, DIEGO VAZQUEZ.

ANTONIO. ¡Diego!

JUANA. ¿Qué es esto, qué miro?  
¿vos en mi casa? (Con ira.)

DIEGO. (Agitado y suplicante.) ¡Señora!

JUANA. Salid, que siento al miraros  
no sé si vergüenza ó cólera.

DIEGO. ¡Perez! ¡Señora, escuchadme (Con dolor.)  
por la vida de Gregoria!

JUANA. No pronuncieis ese nombre  
que se mancha en vuestra boca.

DIEGO. Injuriadme, pero oidme;  
ofendedme, ¿qué me importa?

mas oid por Gil de Mesa,  
pues Gil de Mesa me ábona.

JUANA. ¿Mesa? (Sorprendida.)

ANTONIO. ¿Qué escucho?

DIEGO. Atendedme.

JUANA. ¡Dios tenga misericordia  
de nosotros! (Espantada.)

DIEGO. (Con amargura.) ¡Ay! que os ciegan  
las apariencias traidoras!

¡Dudar de mí cuando he sido  
quien, con lealtad cautelosa,  
ha labrado en vuestra estancia  
esa puerta salvadora!

ANTONIO. } ¡Vos!

JUANA.

DIEGO. Yo. Sabiendo por Mesa  
vuestra intencion generosa,  
vuestro plan he secundado  
envuelto siempre en la sombra.

ANTONIO. Hablad.

DIEGO. Mas el tiempo apura,  
y las distancias se acortan,  
que hoy del rey como un torrente  
los enojos se desbordan.  
¡Vuestra muerte ha decretado!

JUANA. ¡Justo Dios! (Espantada.)

ANTONIO. ¡El rey!

DIEGO. Me consta:  
y á media noche irá á Pinto  
la Princesa con escolta.

ANTONIO. ¿Desterrada?

DIEGO. La condena  
á prision eterna y sorda,  
sin damas que la acompañen  
ni cuiden de su persona.

ANTONIO. ¡Que esto los cielos consientan!

DIEGO. No temais, Dios no abandona  
al inocente: Lanuza,  
que á todo por vos se arroja,  
que es vuestro amigo y mi amigo,  
y que mi pasion no ignora,  
con esta carta me envia

pruebas que por vos abogan.

ANTONIO. ¿Cómo las ha conseguido?

DIEGO. ¿Qué es lo que el oro no compra?

JUANA. ¡Ay, Perez! Leed al punto,  
que esta incertidumbre ahoga.

ANTONIO. (Leyendo.) «Dos cartas, Diego, os envió,  
»selladas van, sin demora  
»remitid la suya á Perez,  
»y á la Princesa la otra.»  
La de la Princesa falta.

DIEGO. Ya se la dí en mano propia,  
no temáis.

ANTONIO. (Con terror.) (¿Qué es lo que miro?  
¡El rey firma este diploma!)

JUANA. ¡Perez! ¿qué dice esa prueba?

DIEGO. ¿Qué esa agitacion denota?

ANTONIO. Prueba que salva y que mata,  
que en razon contradictoria,  
á la par que me defiende  
pone sellos á mi boca.

DIEGO. ¿Qué dice?

JUANA. Hablad.

ANTONIO. ¡Imposible!

JUANA. Hablad, Perez, por mi gloria;  
ved que llorando os lo ruega  
quien siente volverse loca! (Se arrojilla.)

ANTONIO. ¡Alzad!

JUANA. Rogadle, don Diego,  
¡por el amor de Gregoria!

DIEGO. Señor...

ANTONIO. Imposible digo,  
que nada en hablar se logra  
siendo este pliego candado  
que mis labios aprisiona.

JUANA. Pues nada valen los ruegos, (Alzándose.)  
los ruegos de vuestra esposa,  
por Dios que os pondré delante  
quien ese candado rompa.



## ESCENA VI.

ANTONIO PEREZ, DIEGO.

DIEGO. ¿Conque nuestro esfuerzo es vano?

ANTONIO. Vano, Diego Vazquez, sí,  
pues se vuelve contra mí  
la prueba que está en mi mano.

DIEGO. ¿Y nada se puede hacer?

ANTONIO. Nada: es inútil empresa.  
¡Si aún pudiera á la Princesa  
un solo momento ver!

(Asaltado de una idea.)

Tal vez su carta podrá  
abrirme más fácil huella.

DIEGO. ¿Tal creéis? pues voy por ella,  
que cerca su casa está.

ANTONIO. ¡Oh!... ¿dónde vais? ¿estais ciego?

DIEGO. ¿Qué no hiciera yo por vos?  
Dejad, que me inspira Dios,  
y á su proteccion me entrego.  
Carta ó Princesa, vendrá,  
y si ella viene, encubierta  
la haré entrar por esa puerta  
que salvacion os dará.  
Y en todo caso, valor;  
huid y partid sin miedo,  
que fuera con Mesa quedo  
para ayudaros mejor.

ANTONIO. Ved que vuestro padre...

DIEGO. Sé  
que debe llegar.

ANTONIO. Lo espero.

DIEGO. No temais, pues considero  
que ántes que él venga, vendré.

ANTONIO. La fortuna vaya en pos  
de vuestro intento.

DIEGO. (Abrazándole.) ¡Eh Dios fié!

ANTONIO. ¡Id, y amparadle, Dios mio!

DIEGO. ¡Tened confianza en Dios!

## ESCENA VII.

ANTONIO PEREZ.

¡Alma generosa y buena!  
¡Que Dios proteja su obra!...  
—¡Mas qué me dice esta prueba  
que todo mi ser trastorna?  
¡La cédula de Juan Rubio!...  
¡Alférez el rey le nombra!...  
Si yo me negué y él firma,  
su firma aquí, ¿qué pregona?  
Que él fué quien mató á Escobedo,  
y á mí con saña traidora  
de pantalla de su crimen  
ante el mundo me coloca.  
¡Sabe que estoy inocente  
y me persigue y acosa!  
¿qué castiga en mí?... sus celos,  
que harta luz en esto arrojan  
su desvío á la Princesa  
y mi desventura propia.  
¿Mandó matar á Escobedo,  
quizá para hacer notoria  
la traición que el vulgo necio  
propaló con saña torba?  
¡Tal vez!... ¿pero quién penetra  
de su intencion en las sombras?  
¡Oh! ¡mientras más pienso en esto  
aun más mi razon se embrolla!  
¡Vive Dios, que si consigo  
verme libre en Zaragoza,  
que he de hacer con esta prueba  
que se conmueva la Europa!

## ESCENA VIII.

ANTONIO PEREZ, JUANA, GREGORIA.

JUANA. Ven, hija, póstrate aquí,  
ruégale y Dios te bendiga;

tal vez tu labio consiga  
lo que yo no conseguí.

GREG. ¡Padre!...

ANTONIO. ¡Hija mia!...

JUANA. Señor!...

ANTONIO. ¡Hija!... ¡esposa!... tened calma,  
ved que me arrancais el alma  
con vuestro amargo dolor.  
Ved que aumenta mi flaqueza  
de vuestra afliccion el grito,  
y que al partir necesito  
de toda mi fortaleza.  
Venid, reposad las dos  
en mi pecho que os aguarda.

LAS DOS ¡Ah! (Abrazándose.)

ANTONIO. ¡Quién sabe lo que guarda  
aún en su justicia Dios!

JUANA. Pero esa prueba...

ANTONIO. Es de suerte,  
que siempre ocultarla debo;  
mi inocencia en ella llevo,  
mas tambien llevo mi muerte.

JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡cuánto se ceba  
en vos el cielo irritado!

ANTONIO. No mucho; que aún me ha dejado  
la esperanza de otra prueba.

JUANA. No espereis más, yo os lo ruego.  
¡Idos!...

GREG. Idos, padre, sí.

ANTONIO. No, que aún puede ser aquí  
nuncio de dichas don Diego.

GREG. ¡Él!... (Sorprendida.)

ANTONIO. Por la entrada encubierta  
debe llegar.

GREG. (Asustada.) ¡Cielo santo!...

JUANA. Pero, señor... (Desesperada.)

ANTONIO. (Á Gregoria) Tú entre tanto  
está en la antesala alerta.

JUANA. ¡Oh!... ¡confianza fatal!...

GREG. ¡Ay, padre!...

ANTONIO. Haced lo que os digo,  
y si llega don Rodrigo,

torna, Gregoria, en señal.  
GREG. Descuidad, padre. (Saliendo.)

## ESCENA IX.

DOÑA JUANA, ANTONIO PEREZ.

JUANA. ¡Ay, señor!  
¿Por qué aplazar la partida?  
¿No mirais que os va la vida?  
ANTONIO. ¿Qué es la vida sin honor?  
Ya que en esta lucha ruda  
lo miro todo deshecho,  
no quiero que en vuestro pecho  
quede escondida la duda.  
Que es justo sepais aquí,  
ya que nos separa Dios,  
que he sido digno de vos  
como vos lo sois de mí.  
JUANA. ¡Ay, Perez!... ¡harto me pesa  
mi enojo desesperado!  
ANTONIO. Callad, ¿no oís? (Escuchando.)  
JUANA. (Mirando por donde debe llegar Diego.)  
¡Dios sagrado!...  
ANTONIO. ¡Él es!... (Satisfecho.)  
JUANA. ¡Jesus!... ¡La Princesa!...

## ESCENA X.

DICHOS, la PRINCESA.

JUANA. ¡Señora!... ¿Aquí vos?  
PRINC. Yo aquí.  
JUANA. (¡Corazon, ahoga el latido  
de tu odio!) ¿Á qué habeis venido?  
ANTONIO. ¿Sabeis que hay peligro?  
PRINC. (Gravemente.) Sí.  
Sé que cae sobre los dos  
la soberana venganza;  
sé que no hay más esperanza  
que la fuga para vos.  
Sé que en el régio recinto

se decide nuestra suerte,  
que os espera á vos la muerte  
y á mí la torre de Pinto;  
que irremediable es la pena  
que nos persigue y abisma,  
porque la desgracia misma  
parece que nos condena.  
¿Qué más se puede saber?

JUANA. ¿Y sabiendo lo que pasa (Con amargura.)  
habeis venido á esta casa?

PRINC. Vengo á cumplir un deber.  
Ya que implacables los cielos  
nos niegan favor y ayuda,  
vengo á arrancaros la aguda  
sospecha de vuestros celos.  
Pues rigor terrible fuera  
cuando el destino os separa,  
que entre vosotros alzara  
el recelo una barrera.

JUANA. ¡Ay de mí!

PRINC. (Gravemente ) En esta ocasion  
solemne y agobiadora,  
como si hiciese, señora,  
mi postrera confesion:  
como si fuese á dar cuenta  
de mi vida á Dios potente,  
os digo que es inocente,  
y que os ama y no os afrenta.

ANTONIO. ¡Ah, señora!... (Con gratitud.)

JUANA. (Alterada.) ¡Me haceis daño!

PRINC. Ya que la suerte os apura,  
llorad vuestra desventura,  
mas no lloreis vuestro engaño.

JUANA. ¡Es tan hondo mi dolor!... (Vacilante.)

PRINC. Una prueba daros puedo.  
Dicen que murió Escobedo  
por causa de nuestro amor.  
Que Perez movió la mano  
del asesino...

JUANA. Es verdad. (Con pena.)

PRINC. Pues bien, señora, escuchad  
la explicacion de este arcano.

Con esta prueba me obligo  
á calmar vuestra zozobra.

JUANA. Leed! (Con inquietud.)

PRINC. (Mostrando una carta.) ¡Esa muerte es obra  
del infame don Rodrigo!

¡Suyo es este escrito! Oid,  
que es precioso el documento.

¡Ah! Por qué en este momento  
no está escuchando Madrid!

(Leyendo.) «Juan Rubio: se niega Perez,

»y es peligroso el enredo;

»más despachad á Escobedo,

»y juro haceros alférez.

»No tengais miedo á la ley,

»que á todas partes alcanza,

»que esta muerte no es venganza,

»sino justicia del rey.

»Llevad á cabo la empresa

»y que en el misterio quede,

»porque es asunto que puede

»hacer daño á la Princesa.

»Si con prudencia se acaba,

»conseguireis vuestro puesto;

»mas cuidado, no ocurra en esto

»lo que ocurrió con la esclava.

»Alientos teneis sobrados;

»ved lo que en ello se gana.

»Venid á verme mañana

»y os daré tres mil ducados.»

(Da la carta á Doña Juana.)

ANTONIO. ¡En su poder infinito,  
Dios, en las sombras envuelto,  
siempre dejó un hilo suelto  
para seguir al delito!

JUANA. ¡Perez!... ¡Princesa!... ¡qué horror!...  
(Arrodillándose.)

PRINC. ¡Oh! ¡qué haceis?

JUANA. Perdon os pido.

¿Cómo el cielo ha consentido  
que dude de vuestro honor?

PRINC. ¡Oh! ¡no!... venid á mis brazos.

¿Quién habla de honor ahora?

Desde este instante, señora,  
nos ligan sagrados lazos.

JUANA. Y esta prueba... Puede ser (Animada.)  
que si hasta el trono se eleva,  
el rey...

ANTONIO. ¡Callad! ¿Dónde hay prueba  
para quien no quiere ver?  
Nada logrará este escrito  
aunque mi inocencia diga,  
porque el rey en mí castiga  
más sus celos que el delito.  
Siempre pensando en su afrenta  
desoye todo consejo:  
él es viejo, y como viejo  
de sospechas se alimenta.

JUANA. ¿Es decir que vanas son  
las pruebas? (Desanimada.)

ANTONIO. ¡No hay esperanza!  
Esa prueba es la venganza;  
pero no la salvacion!

JUANA. ¡La venganza! ¡No en verdad!  
Mal decis. ¡Es el castigo!  
Que es justo que don Rodrigo  
pague tanta iniquidad.  
Venid, corramos las dos... (Á la Princesa.)

ANTONIO. (Deteniéndola.) ¡Ay, Juana! ¿Habeis olvidado...

PRINC. ¡Perdonar á ese malvado  
seria ofender á Dios!

JUANA. Vamos, vamos, y que lllore  
su crimen...

## ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO, que ha escuchado desde el umbral de la puerta  
izquierda la última parte de la escena.

DIEGO. (Con amargura.) ¡Antes matadme!

JUANA. ¡Oh!...

DIEGO. ¡Triste sino es el mio!  
El cielo quiere que labre  
la deshonra ó la desdicha  
por donde quiera que pase.

ANTONIO. ¡Diego!... (Conmovido.)

DIEGO.                                ¡Ay de mí! Hora tras hora  
con un afán incansable,  
con la fiebre del deseo  
tan tenaz como incesante,  
he estado, desde que el rey  
os dió la casa por cárcel,  
pruebas de vuestra inocencia  
buscando por todas partes.  
Y cuando el cielo permite  
que las descubra y las halle,  
quiere mi aciaga fortuna,  
por premio de mis afanes,  
darme con ellas la muerte,  
pues... ¿quién duda que es matarme  
si debo ser á la fuerza  
ó parricida ó infame?

ANTONIO. Calmaos, Diego.

DIEGO.                                ¡Imposible!  
¡Imposible es que me calme!  
que en la dura alternativa  
con que Dios quiere probarme,  
con vuestro cariño luchan  
mis sentimientos filiales.

JUANA.                                ¿Qué quereis decir? ¿Acaso (Con ardor.)  
pretendeis que sufra y calle,  
que la maldad no castigue  
ni la traicion anonade?  
¿Y que teniendo en mis manos  
estas pruebas formidables,  
tenga piedad del verdugo,  
y no la tenga del mártir?

DIEGO.                                ¿Quién me dijera, señora,  
(Á la Princesa, con dolor.)  
que cuando á esta casa os traje  
fuese para mi desdicha?

PRINC.                                ¡Justo es que sus culpas pague! (Alterada.)

DIEGO.                                ¡Ay, es mi padre! (Con dolor.)

PRINC.                                ¡Si el cielo  
no puede ser que le ampare!

DIEGO.                                ¡Es mi padre!

JUANA.                                (Con emocion.) ¡Os ha engañado  
sin piedad!



DIEGO. ¡Pero es mi padre!

JUANA. ¡Su dolor me llega al alma!

DIEGO. ¡Yo no puedo condenarle! (Llorando.)

ANTONIO. Diego... tomad esas pruebas.

(Dándole la carta de la Princesa.)

PRINC. ¡Oh! ¿Qué haceis?

ANTONIO. (Conmovido.) Vuestros leales  
servicios me han despojado  
del derecho de vengarme.

DIEGO. ¡Oh, gracias! (Con profunda gratitud.)

ANTONIO. Os las confío,  
que hiciera á mi nombre ultraje,  
si en contra de quien me muestra  
tanto amor las emplease.

DIEGO. En depósito las guardo, (Con energía.)  
señor, y juro delante  
del cielo que nos escucha,  
derramar por vos mi sangre.

Honor y vida os ofrezco:  
soy vuestro esclavo, mandadme.

¡Yo redimiré la culpa  
de quien tanto mal os hace!

JUANA. ¿Y mis hijos?

ANTONIO. He cumplido  
con mi deber, y esto baste.  
Madre sois. Nunca los cielos  
tan duramente os maltraten,  
que en el riesgo vuestros hijos  
os abandonen cobardes.  
(¿Qué conseguís con vengaros,  
si no es posible que cambie  
mi destino?...)

JUANA. (Enternecida.) ¡Nada os digo!

PRINC. ¡Alma generosa y grande!

DIEGO. ¡He rescatado su vida! (Resuelto.)

¡Yo pagaré este rescate!

PRINC. ¡Os admiro!... Mas no hay tiempo (Á Perez.)  
que perder. Ya nada valen  
los ruegos. ¡Partid al punto!

DIEGO. Viendo, señor, que era tarde  
á buscaros he venido.

ANTONIO. ¡Qué suerte tan miserable (Á la Princesa.)

nos toca!

PRINC. ¡Á vos el destierro!

ANTONIO. ¡Y á vos la prision!

JUANA. ¡Oh! Dadme

los brazos! ¡Os he ofendido

tanto! (Permanecen un momento abrazadas.)

PRINC. (Desprendiéndose.) Dejad que me marche.

¡Si aquí me viesen, seria

exponerme á nuevos males.

¡Adios, y que el cielo os guie!

ANTONIO. ¡Adios, y que el cielo os salve!

## ESCENA XII.

DICHOS, ménos la PRINCESA.

DIEGO. Vamos, señor, que es preciso.

ANTONIO. ¡Me falta el valor! (Vacilando.)

DIEGO. ¡Es fácil

que venga mi padre!

ANTONIO. ¡Vamos! (Con pena.)

JUANA. ¡Madre de Dios, amparadle!

(Con exaltacion )

## ESCENA XIII.

DICHOS, GRECORIA por el fondo.

GREG. ¡Padre!... ¡Dios mio!...

(Reparando en D. Diego.)

¡Él aquí!...

ANTONIO. ¿Qué quieres? Habla.

GREG. (Mirando fijamente á Diego.) No puedo.

JUANA. ¿Estás temerosa?

GREG. Sí.

La traicion me infunde miedo

y está muy cerca de mí.

DIEGO. ¡Y aún duda! (Con pena y reprimiéndose.)

¡Teneis razon!

Es justo que sufra y calle,

con triste resignacion,

hasta que en mi pecho estalle

comprimido el corazon.  
Dios del cielo! Yo hendigo  
estas penas, si redimen  
á mi padre don Rodrigo;  
y aunque soy ageno al crimen,  
caiga sobre mí el castigo.

JUANA. ¡Hija!... (Queriendo tranquilizarla.)

DIEGO. Nada me intimida.

¡Nada! Si por el desierto  
solitario de mi vida,  
arrastro el cadáver yerto  
de mi esperanza perdida!  
¡Si ya no pueden volver  
mi fe, mi dicha, mi calma...  
¡heridme! Bien puede ser  
que el pesar avive un alma  
muerta ya para el placer.

ANTONIO. ¡Basta! Sin razon condenas  
su generosa hidalguía;  
no es justo aumentar las penas  
de quien por mí verteria  
la sangre que hay en sus venas.

DIEGO. ¡Ah señor!... (Con gratitud.)

ANTONIO. Su honor le escuda.

JUANA. Con firme resolucion  
nuestros proyectos ayuda.

GREG. ¡Gracias!... ¡Llevaba esta duda  
clavada en mi corazon!  
Vos lo decis... ¿qué más prueba  
puede haber? Al escucharos  
mi fe renace y se eleva.

¡Ay! Aunque amaros no deba, (Á Diego.)

¡me era tan penoso odiaros!

DIEGO. ¡Á un tiempo gozo y dolor  
me dais!...

GREG. (Con afan.) Quizá es el temor  
del mal que nos amenaza;  
mas creo oir en la plaza  
nuevo y creciente rumor,  
y vengo á daros aviso.

ANTONIO. Nada temas...

JUANA. ¡Oh, marchad!

¡No os detengais!...

DIEGO. (Antonio Perez vacila.) ¡Si es preciso!

ANTONIO. Yo acato, Señor, sumiso  
vuestra santa voluntad.  
De aquel poder soberano  
que me enaltecíó, ¿qué queda?  
Habeis abierto la mano  
y cual torrente que rueda  
desde la montaña al llano,  
despeñado de la altura  
tan bajo estoy, que yo mismo,  
lleno de horror y pavor,  
no acierto á medir la oscura  
profundidad del abismo.  
¡Ayer grande, ayer potente!  
¡Y hoy buscando tristemente,  
con mi pensamiento en guerra,  
un pobre rincon de tierra  
donde reclinar mi frentel...  
¡Ay de mí! Poco ha sufrido,  
poco ha sufrido á mi ver,  
el que sostiene atrevido,  
que *nunca quita el caer*  
*la gloria de haber subido.*  
Pues si como yo perdiera  
hijos, esposa y hogar,  
y solo, en tierra extranjera,  
errante y sin rumbo fuera  
como las olas del mar;  
si rotos todos los lazos  
y hecho el corazón pedazos,  
le hiriese el duro recuerdo  
de las caricias y abrazos  
que yo para siempre pierdo;  
más prudente y advertido  
dijera que en esta vida  
siempre superior ha sido,  
al honor de haber subido  
el pesar de la caída.

DIEGO. ¡Señor!... Dejad que mi llanto  
riegue mi rostro y me venza,  
que hoy mi destierro comienza

y no tengo, en duelo tanto,  
de mis lágrimas vergüenza.  
¿Qué he de hacer? ¿Si dejo aquí  
la mejor parte de mí?  
¿Si solo en mi compañía  
irá la aciaga y sombría  
memoria de lo que fuí?

JUANA. Valor, Antonio, valor!  
Mi desventura deploro;  
pero tranquila... (Reprimiendo sus lágrimas.)

ANTONIO. (Abrazándola.) ¡Ay mi amor!

JUANA. Ya veis, mi bien, que no lloro  
aunque me mata el dolor.  
¡Á qué sentir la perdida  
grandeza? Ya no hay quien pueda  
detener vuestra caída.  
¡Ay de mí! Ya es vuestra vida  
el solo bien que nos queda.

ANTONIO. ¿Y esta es vida? ¿puede haber (Desesperado.)  
más desventurada suerte  
ni más hondo padecer?

GREG. ¡Padre!... ¡padre!... (Abrazándole y llorando.)

ANTONIO. ¿Qué más muerte  
que no volveros á ver?

DIEGO. Ved que urge el tiempo...  
(Agitado y conmovido.)

ANTONIO. Ya os sigo.

¡Vamos!! No vengais conmigo,  
que el valor me faltará.  
¡Yo os abrazo, yo os bendigo,  
por última vez quizá!  
Desamparado del mundo  
¿qué soy? una sombra .. ¡nada!  
En mi abandono profundo  
mi bendicion es sagrada,  
como la de un moribundo.

GREG. (Deshecha en lágrimas.)  
¡Ay! ¿Cómo verle marchar  
con resignacion y calma!

DIEGO. ¡Señor, que puedan llegar!...

ANTONIO. ¡Si no me puedo apartar  
de estos pedazos del alma!

- JUANA. ¡Perez, sed digno de vos!  
Partid, que el riesgo os acosa.
- ANTONIO. Mi vida os dejo á las dos.  
¡Adios, hija!... Adios, esposa!...
- GREG. (De rodillas, desprendiéndose de sus brazos.)  
Padre!...
- ANTONIO. ¡Para siempre adios!  
(Sale apoyado en Diego, sollozando.)

## ESCENA XIV.

DOÑA JUANA , GREGORIA.

- GREG. ¡Partió! Dios tenga piedad  
de nosotros!
- JUANA. ¡Llora, hija!
- GREG. ¡Que Dios sus pasos dirija  
y anime su soledad!
- JUANA. (Dando libre curso á sus lágrimas.)  
Hoy con mayor intension  
se renuevan mis heridas.  
¡Ay, lágrimas comprimidas,  
salid de mi corazon!  
Ya sin aumentar su pena  
puedo mostrar mi quebranto.  
Ya puedo dar rienda al llanto  
que me abrasa y envenena.  
Ya no necesito ahogar  
mi dolor hondo y sombrío.  
¡Ya puedo llorar, Dios mio!
- GREG. ¡Madre!... (Asustada.)
- JUANA. (Cayendo de rodillas.) ¡Ya puedo llorar!  
(Quedan un momento sumergidas en su desesperacion )

## ESCENA XV.

DICHAS, D. RODRIGO VAZQUEZ, por el fondo: se adelanta hácia el sitio en que están Doña Juana y Gregoria, lentamente y sin ser visto.

RODRIGO. Al cielo alzais vuestras preces

y haceis muy bien, porque creo  
que las necesita el reo.

JUANA. (Levantándose con inquietud.)  
¡No tanto como sus jueces!  
Por ellos á Dios invoca  
mi fe, que piadosa soy  
y humana...

RODRIGO. (Hipócritamente.) Gracias os doy  
por la parte que me toca.  
Mi deber es la obediencia,  
y estoy tranquilo.

JUANA. (Alterada.) ¿Esto más?  
¿Quereis engañar quizás  
á vuestra misma conciencia?

RODRIGO. Permitidme que os recuerde  
mi acrisolada honradez.

JUANA. No sereis el primer juez (Con desprecio.)  
que la corrompe ó la pierde.

RODRIGO. Os hallo poco propicia;  
pero el dolor os excusa.  
¿Qué desdichado no acusa  
de parcial á la justicia?  
¡Solo Dios sabe los ratos  
que Perez me hace pasar!

JUANA. ¿Qué es esto? ¿Os vais á lavar  
las manos como Pilatos?

RODRIGO. Hoy mismo el cielo me pone  
en un grave compromiso...

JUANA. ¿Qué decis? (Inquieta.)

RODRIGO. Me han dado aviso  
de que alguno se propone  
la fuga favorecer  
de Perez...

GREG. (¡Madre, estoy muerta!)

JUANA. (¡Calla!) (Reprimiéndose.)

RODRIGO. Y es bien que os advierta  
lo difícil que ha de ser.

JUANA. ¡Dios mio!

RODRIGO. Si me dejara  
llevar de mi inclinacion,  
¿quién lo duda? Su evasion  
yo mismo facilitara.

- ¡Pero el deber es tan duro!
- GREG. (¡Siempre hipócrita y alevé!)
- RODRIGO. Él me obliga á que le lleve  
donde viva más seguro.
- GREG. ¿Qué vais á hacer? (Asustada.)
- RODRIGO. No os asombre  
si á mi pesar...
- JUANA. (Con alegría.) (¡Nada sabe!  
¡Calma!—¡No sé cómo cabe  
tanta maldad en un hombre!  
Es necesario ganar  
tiempo.)
- RODRIGO. ¡Por Dios, que estais fiera!
- JUANA. ¡Sois cruel! El cielo quiera  
que no tengais que llorar.  
¿Por qué mostrais tanto encono?  
¿Qué agravios os ha inferido?
- RODRIGO. ¿Agravios? ¡Grandes han sido!  
Pero yo se los perdono.  
(Con odio reconcentrado )  
¡Cuántos años mi dolor  
he devorado en secreto,  
encadenado y sujeto  
á su genio emprendedor!  
¿Pensais que para un anciano  
no es una ofensa inaudita  
ver que un mancebo le quita  
la gracia del soberano?  
¿Ver que en prolongada lucha  
siempre el rey en el consejo,  
desoye la voz del viejo  
y la del jóven escucha?
- JUANA. ¡Oh! ¡callad! Vuestra perfidia  
comprendo ¡Teneis razon!  
¡Señor, qué terribles son  
los estragos de la envidia!
- RODRIGO. ¡Agravió mi ancianidad!
- JUANA. ¡Oh!... todo se empequeñece  
en vos... ¡Hasta me parece  
ruin vuestra misma maldad!  
Duro os juzgaba y cruel.  
Mas ¡qué poco os conocia



cuando en vos hallar creia  
la grandeza de Luzbel!  
Mi error declaro y condeno.

RODRIGO. (Con rencorosa ira.)

¡Mal quereis á vuestro esposo!

JUANA. ¡Sois el reptil venenoso  
que se revuelca entre el cieno!

RODRIGO. ¡Señora!... (Reprimiéndose.) Bien sabe Dios  
que perdono vuestro exceso.

Yo vengo en vusca del preso,  
y no á discutir con vos.

¿Dónde está?

(Dirigiéndose hácia la puerta de la izquierda.)

JUANA. (Deteniéndole.) (¡Cielos! ¿Qué haré?)

GREG. (¡Ay!) (Temerosa.)

JUANA. Esperad un instante.

Vais á jurarme delante  
de Dios, que os oye y os ve,  
si está en peligro su vida.

RODRIGO. ¿Quién lo porvenir penetra?  
Puede ser, si álguien impetra  
con voz triste y dolorida,  
amparo y gracia del rey,  
que al fin su enojo se ablande.

JUANA. ¿Y vos?

RODRIGO. Yo haré lo que mande  
estrictamente la ley.

JUANA. ¡No conocéis la piedad!  
En vano á vos me dirijo.  
¡Si habeis sido con vuestro hijo  
pérfido y fiero!

GREG. (Agitada.) ¡Oh!... ¡callad!...

RODRIGO. ¡Con mi hijo! Sin compasion  
(En su arranque de expansion involuntaria.)  
el odio vuestro me inmola.

¡Si su cariño es la sola  
fibra de mi corazon!

¡Dios sabe si he trabajado  
para elevarle á la altura!

GREG. Con vuestra ambicion impura  
le habeis hecho desgraciado!  
¡Que mi amor era quizás

- la vida, el alma de Diego!
- RODRIGO. ¡El amor!... Eso es un juego  
de muchachos, nada más.
- GREG. ¿No veis? (Á su madre con profunda aflicción.)
- RODRIGO. Si ha muerto su loca  
ilusion ¿qué se ha de hacer?  
¿No vale más el poder  
supremo que alcanza y toca?  
Si el rey le llama al gobierno  
del Estado, ¿qué más quiere?  
El amor se extingue y muere...
- GREG. ¡Ay, para mí será eterno!  
(Cae llorando en brazos de su madre.)
- RODRIGO. El tiempo las penas calma.  
Ya pensareis de otra suerte.
- GREG. ¡La muerte, solo la muerte  
cura los males del alma!
- JUANA. ¡Hija!...—¡Me inspirais horror! (Á D. Rodrigo.)
- RODRIGO. Perdonadme si os molesto.  
(Se adelanta hácia la puerta de la izquierda y Doña  
Juana le cierra el paso, llena de angustia.)  
Ya sabrá Perez... ¿Qué es esto? (Sorprendido.)
- JUANA. ¡Atrás.... (¡Deme Dios valor!)
- RODRIGO. ¿Me negais el paso?
- JUANA. Sí.
- RODRIGO. ¡Soy el juez!
- JUANA. ¿Sois mi enemigo!
- RODRIGO. ¡Lo manda el rey!
- JUANA. (Resuelta.) ¡Pues yo digo  
que no pasareis de aquí!
- RODRIGO. Podrá pesaros...
- JUANA. ¡Atrás!  
Desprecio vuestra amenaza.  
Las mujeres de mi raza  
no retroceden jamás.
- GREG. ¡Ay, madre!...—¡Tened clemencia!  
No pascis. ¡Os lo suplico! (Á D. Rodrigo.)
- RODRIGO. ¡Vive Dios que no me explico  
tan extraña resistencia!
- JUANA. (Con profunda inquietud.)  
(¡Si yo supiese!...)
- GREG. ¡Piedad!

Señor!...

JUANA.

¡Si su alma es de roca!

No le ruegues...

RODRIGO. (Apartándola.)

¡Estais loca!

Abridme paso.

## ESCENA XVI.

DICHOS, DIEGO, en el umbral de la puerta del fondo. Doña Juana le interroga con la vista, llena de zozobra. Señal afirmativa de D. Diego.

JUANA. (Repuesta y tranquila.) ¡Pasad!

RODRIGO. Marchando voy, ¡vivé el cielo!  
hoy de sorpresa en sorpresa.

JUANA. (Con alegría.) Pero no busqueis la presa,  
porque ya ha tendido el vuelo!

RODRIGO. ¿Qué decís? (Alterado)

JUANA. ¡Ya no le alcanza  
vuestra saña aterradora!

RODRIGO. (Fuera de sí.)

¡Que se ha escapado!... ¡Señora!

¿Y no teméis mi venganza?

GREG. ¡Ay, madre!

RODRIGO. ¡Será cruel!

¡implacable, horrible, fiera!...

JUANA. ¿Y qué importa que yo muera  
si al cabo se salva él?

RODRIGO. ¡Salvarse! Inútil afan;  
moderad vuestra alegría.

¡Aún es tiempo! Todavía

mis gentes le alcanzarán.

¡Hola!

(Al volverse para llamar ve á su hijo.)

DIEGO. (Adelantándose y con tono severo.)

Cumplid con la ley.

Llamadlos. ¡Eso deseo!

Así sabrán que soy reo,

reo de traicion al rey.

RODRIGO. ¡Qué dices, desventurado!

DIEGO. Haced que acudan veloces,  
para declarar á voces

que su fuga he preparado.  
Haced que esa turba impía  
corra tras él con presteza,  
así caerá su cabeza  
juntamente con la mia.

JUANA. ¡Noble corazon!

DIEGO. (Con energía.) ¡Llamad!

RODRIGO. ¡Estoy soñando ó despierto!

DIEGO. ¡No os detengais!... ¡Si habeis muerto  
mi amor, mi felicidad!

RODRIGO. ¡Ingrato! Tratarne así  
cuando el monarca te llama.

DIEGO. ¡Esa fortuna me infama  
y la rechazo! (Con resolucion.)

RODRIGO. (Espantado.) ¡Ay de mí!  
yo quiero satisfacerte  
y haré cuanto tú me mandes.

DIEGO. Hoy mismo partiré á Flandes.

RODRIGO. (Cada vez más confundido.)  
¿Qué anhelas, hijo?

DIEGO. (Con triste resolucion.) ¡La muerte!  
Yo perderé en la palestra  
mi existencia aborrecida.  
¡Y quiera Dios que mi vida  
logre redimir la vuestra!]

(D. Rodrigo cae abrumado, junto al bufete, cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Adios, mi perdida gloria!

(Á Gregoria, que solloza en brazos de su madre.)  
De tí el crimen me arrebató.

GREG. ¡Madre, este golpe me mata!

DIEGO. ¡Nunca olvideis mi memoria!  
(Con la mayor afliccion.)

JUANA. ¡Premie Dios tanta virtud!...  
¡Hijo!... Adios. (Conmovida.)

(Diego besa la mano á Doña Juana y se aleja mirando á su padre con reconcentrada ternura.)

RODRIGO. ¡Diego!... ¡Se va!

(Se levanta, llamándole con voz ahogada.)

¡Ay de mí! ¿Quién sostendrá  
mi cansada senectud? (Desfallecido.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos DIEGO.

- JUANA. ¡Ved! esto es obra de vos!  
(Con amargura, señalando á su hija, deshecha en lágrimas.)  
¡Hija sin padre!...
- RODRIGO. (Turbado, cayendo de rodillas.) Os exijo  
compasion...
- JUANA. (Mirándole con lástima.) ¡Padre sin hijo!  
¡Santa justicia de Diós!

FIN DEL DRAMA.

---

*Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.*

*Madrid 22 de Mayo de 1865.*

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.





1







588092

LS  
H967he

Hurtado, Antonio  
Herir en la sombra. 2.ed.

**University of Toronto  
Library**

---

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

---

**Acme Library Card Pocket  
LOWE-MARTIN CO. LIMITED**

